

*Norah
Carter*

*Monika
Hoff*

*¡y tenía que ser
mi jefe!*

Libro 6

**POLO
BOOKS**

¡Y tenía que ser mi jefe! 6

Norah Carter —Monika Hoff

Título: ¡Y tenía que ser mi jefe! 6
© 2017 Norah Carter — Monika Hoff
Todos los derechos reservados
1ªEdición: Agosto,2017

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

La nena me miraba con curiosidad, era preciosa, tenía el cabello rubio, ojos grandes azules claros. No podía ver algo de Peter en ella, pero quien sabe, hay hijos que se parecen más a un padre que a otro. Su piel era más clara que la de Peter e incluso que la mía.

—Le digo que no sé, señorita, mi ex esposa hace menos de 24 horas que me soltó esta bomba. La mamá de la criatura, según mi ex esposa, falleció —le dijo Peter a la trabajadora social.

—Entiendo, pero para poder dejar a la niña con usted, no es tan sencillo —explicó la mujer, sentada en un escritorio pequeño.

La nena se encontraba en otra habitación, la podía ver por una ventana grande. Le estaban dando zumo con galletas, era de mañana todavía.

Me tocaron el brazo. Me giré y miré a Peter que se le veía bastante cansado.

—¿Qué sucede? —pregunté y vi como la trabajadora social se iba.

—No me la puedo llevar —dijo y miró a la nena que ahora lo miraba con timidez.

—No la pueden dejar aquí todo el día —dije y seguí mirándola que ahora, la trabajadora social se sentó a hablar con ella.

—Lo sé —dijo irritado y se dio la vuelta hacia el pequeño escritorio y cerro el puño con fuerza encima de la mesa no generó mucho ruido, pero sí hizo que todo brincara encima de la mesa, por suerte nadie se dio cuenta.

Le acaricié la espalda.

—Amor, cálmate. Escucha —dije e hice que se diera la vuelta para mirarme —lo logré y me miró a los ojos —, pongamos a los mejores abogados a trabajar en lo que está pasando, y mientras se arregla, le buscaremos un sitio para que no tenga que pasar por esto... —me giré un poco para mirarla, ahora se veía asustada, y dejó de lado el zumo y galletas. La nena miraba a la trabajadora social como si fuese alguien mala, no la podía culpar, la sacaron de su casa, y la traen a un lugar desconocido.

—Sí, eso debí de hacer desde un comienzo —dijo y sacó su móvil y se dirigió a la salida, lo acompañé.

—Ok, entiendo, Enrique, sí, perfecto —dijo Peter y colgó.

Yo me cerré bien el abrigo, hacía frío.

—Listo, la niña va a estar bien, no quedará con cualquier padre de acogida, pero me dijo que tengo que esperar un poco... tienen que saber si ella... es mi hija —dijo y se pasó las manos por la cabeza.

—Lo sé, todas estas cosas tardan — suspiré.

Peter me abrazó con fuerza.

—Lo lamento mucho Davinia, te hice pasar por muchas mierdas.

Negué con la cabeza y me separé un poco para mirarle a la cara.

—No digas eso, no todo es perfecto Peter, somos un matrimonio, esto forma parte de ello— lo volví a abrazar.

—Señor Evans —dijo la trabajadora social acercándose.

—Sí —dijo Peter soltándome.

—La niña, la puede conocer si lo desea, aunque no tenga todavía los resultados, puede hablarle —dijo y se retiró.

Le tomé la mano a Peter.

—Yo no sé... —dijo nervioso.

—Si no quier...

Me interrumpió.

—No es eso... es que no quiero confundirla, sino llegó a ser su padre... yo no debo...

—Involucrarte —dije por él.

Asintió con la cabeza.

—Puedes presentarte como un amigo de Alexia —dije con la boca seca, el nombre de esa mujer me daba asco.

—Podría ser —me dio un apretón en la mano —, vamos —dijo y me frené.

—Peter...

—¿Qué sucede? —preguntó frunciendo el ceño.

—Tú, eres... yo —dije casi balbuceando.

—Davinia, no quiero hacer esto solo, y eres mi esposa. También... podrías también, hacerte pasar por amiga de esa perra —dijo con irritación.

Asentí con la cabeza, y le cogí nuevamente la mano y entramos juntos.

—Hola Gaby, estas personas son buenas, quieren conocerte —dijo con voz dulce la trabajadora social a la niña de grandes ojos azules que nos miraba con timidez.

—Hola —dijo la nena, tenía una vocecita angelical, sencillamente una cosa muy tierna.

—Hola —dije y me puse a su altura agachándome.

La nena me tomó por sorpresa al cogerme la mano.

—Parece que le caes bien —dijo amablemente la trabajadora social.

La miré unos segundos y vi a Peter que me veía con impresión y ojos llenos de amor.

—Soy una amiga de tú mami —dije con voz suave.

—¿Dónde está? —preguntó abriendo los ojos.

—Ella está ahora trabajando —dije y odié mentirle.

—Pero ella nunca me ha dejado en un lugar así —dijo y miró a la trabajadora social con miedo.

La niña, aunque fuera inocente, tierna, y hermosa, era muy inteligente, y muy espabilada. Solo que estaba asustada por la situación, y me jugué peligrosamente la carta de llamar “mami”, a Alexia, pero era obvio que sí la crio desde los tres años, ya que dijo que la tenía hace 4, dudo que Alexia sea tan mala sangre para decirle a esta criatura que su verdadera madre murió.

—Gaby, este es otro amigo de tu mami, es el señor Peter —dijo la trabajadora para cambiar el tema.

—Hola —dijo Peter intentando ocultar su nerviosismo.

—Hola —dijo la nena que no soltaba mi mano.

—¿Puedo irme contigo? —preguntó mirándome con esos divinos ojos.

Miré a la trabajadora social.

—Gaby, ellos son solo amigos de tu mami...

La niña se separó y salió corriendo. Yo me levanté y la seguí. Les hice seña que me dejaran a mí. La trabajadora social asintió, y Peter me dio una mirada de “ve yo hablo con la trabajadora social”

La chiquita corrió rápido hacia los baños. Entré, estaba vacío a excepción de ella que se metió en un cubículo y cerró la puerta, podía oír como lloraba. Toqué despacio su puerta.

—Soy yo, la amiga de tu mami, no te haré daño.

La puerta se abrió y vi una escena tan inocente, que se me aguaron los ojos. La pequeña Gaby, estaba llorando, se veía mucho más pequeña que de la edad que tenía.

—¿Le paso algo malo a mi mami? —preguntó y comenzó a llorar con angustia. No pude evitarlo la abracé y la cargué.

—No, no, ¡shhh!, ella está bien, nena —dije y salí con ella en brazos del cubículo, la senté encima del mueble del lavado, tomé unos pañuelos desechables y le sequé las lágrimas.

—Corazón, tu mami, está bien, te lo prometo. Lo que pasa es que está trabajando, y ese mundo de los grandes es un poco complicado.

—No soy un bebé, sé lo que es trabajar y todo eso —dijo haciendo un lindo

puchero.

Le sonreí con ternura.

—Lo sé, yo no dije que eres un bebé —dije tocándole la punta de la nariz, y comenzó a reírse.

—Mucho mejor, esa linda sonrisa que tienes, y tu risa —dije mirándola con ternura. Esta niña me llegó al corazón.

Se tapó la boca con vergüenza.

—No tienes que taparte. Ahora, ¿Qué te parece si vamos a por comida? —pregunté mirando como destapo su boca y sonrió.

—Sí —dijo con energía —, tengo hambre, no me gustaron las galletas, y el zumo estaba caliente —dijo con carita de asco.

—¡Aggg! —dije y la nena se echó a reír.

Llamaron a la puerta.

—Ven vamos —dije cargándola y depositándola con cuidado en el suelo, le tomé la mano y abrí la puerta. Peter y la trabajadora social, estaban afuera.

—¿Gaby estas bien? —preguntó la trabajadora social, y Gaby se abrazó a mi pierna.

—Sí, está mejor —respondí por la nena.

—Ya veo, bueno, Gaby —dijo mirando a la niña —, te puedes ir con los amigos de tu mami, ella te dio permiso —dijo la trabajadora social mirándome con cautela.

La niña asintió con la cabeza y no me soltó.

—Vamos —le dije tomándole la mano.

Nos encaminamos hacia la salida con Peter a mi lado.

—Vamos a comer —le sugerí a Peter, estaba muriendo de hambre.

—Sí, me parece perfecto —sonrió Peter, pero sabía que estaba muy nervioso.

Capítulo 2

Desayunamos en un precioso café al aire libre, ya no hacía tanto frío, y me hacía falta el aire fresco, la nena estaba bien abrigada. Peter pidió unos churros con chocolate, una leche tibia para la niña, y café para nosotros dos, fruta y pan tostado con embutidos. Comí un poco de pan tostado con el café, no podía nada más.

—¿Te gusta el queso? —preguntó con curiosidad al ver que Gaby tomaba un gran croissant y unos pedazos de queso.

—Sí, mami me da —dijo y se llevó un pedacito a la boca, lo mordió y comenzó a masticarlo con la boca cerrada. Al menos Alexia le enseñó algo bueno, modales, cosa que la perra esa no tenía.

—Me alegró que te guste —dijo Peter y me miró mientras tomaba un sorbo de su café.

No podíamos hablar delante de Gaby. Peter comió también poco, un poco de pan y algo de embutidos.

Mi móvil sonó.

—Es Naty —dije

—Ve atiende —dijo y miró a la nena que comía con hambre.

Asentí y me levanté.

—Hola —dije

—¡Por Dios!, al fin se de ti, ¡pensé que llamarías al despertar!

—Lo sé, lo siento, ha sido todo un lio, andamos ahora con... Gaby, la niña...
—dije muy bien sin saber cómo referirme a ella.

—¡Vaya!, entiendo, joder, Peter y tú la tienen jodidamente —dijo y suspiró.

—Sí, pero más la niña, es una cosita hermosa, tan joven y tiene que pasar por todo esto —dije y miré hacia la mesa, donde Peter conversaba con Gaby,

quien le miraba con atención y sonreía. Me dio ternura ver que se estaban llevando bien.

—¿Estás ahí? —preguntó Natalia.

—Sí, lo lamento, estoy con la cabeza en cualquier lado —dije y tapé un bostezo.

—Ok, mira, Desirée, Manuel y yo, estamos pendiente, por favor no dejes de ponernos al tanto.

—Pero tienen que trabajar —dije y jugué con el cierre de mi abrigo.

—Es domingo linda —dijo Naty con tono suave.

—Cierto, lo olvidé —suspiré.

—Tranquila no pasa nada, ya sabes por favor llama —colgó.

Regresé a la mesa, Peter me estudió con la mirada.

—Los chicos mandan saludo —dije y le sonreí a la pequeña.

—Quiero ir al baño —dijo Gaby cuando miré a Peter para decirle algo.

—Sí, ¿quieres que te acompañe? —pregunté mirando cómo se sonrojaba.

—Sí, por favor —dijo con esa vocecita tan linda que tiene.

—Ok, vamos —me levanté y le tendí la mano.

—Ok, yo iré pagando —dijo Peter viendo embobado.

Asentí con la cabeza y me fui con Gaby.

—¿Tú puedes solita o necesitas ayuda? —pregunté cuando llegamos al baño.

—Yo puedo, gracias —entro a un cubículo.

—Ok, te espero aquí afuera —dije y me lavé las manos y me miré en el espejo. Mi reflejo era la viva imagen del cansancio.

—Lista —dijo asomando su cabecita rubia por la puerta. Caminó hacia el mueble del lavado, que era alto para ella.

—Ven yo te ayudo —la cogí por las asilas y la levanté al mueble del lavabo.

Peter estaba esperándonos para irnos. Le abrió la puerta a Gaby, la sentamos atrás con el cinturón de seguridad, y me subí con él, Peter arrancó el coche

mientras yo me dirigía al sillón del copiloto.

Me cogió de la mano.

—¿Qué haremos? —preguntó en voz baja.

—A casa, vamos a casa, y de ahí vemos —dije y me giré para mirar a Gaby que estaba bostezando.

—¿Alguien está cansada? —Pregunté, y la nena me sonrió y asintió —, bien, sí quieres dormir, puedes hacerlo —le sonreí con ternura. Era una niña muy fácil de tratar. En el fondo me daban ganas de comerla a besos, me estaba ganando a pasos agigantados.

Gaby cerró los ojos y miré al frente.

—Tú también deberías descansar —dijo Peter en voz baja y me apretó el muslo con cariño.

—Lo sé, pero cuando llegué a casa — entrelacé mi mano con la de él.

Cuando llegamos a casa, Gaby está dormida profundamente.

—Dios sabe a qué hora la habrán sacado de su casa —dije mientras Peter la tomaba en brazos.

—Temprano, supongo —dijo mientras caminábamos hacia la casa. Abrí la puerta y alguien me tomó por la cintura y me tapó la boca, pero Peter lo vio todo. Oscar.

—¡Shhh!, no queremos despertar a la nena, ¿cierto? —dijo Oscar poniéndome un cuchillo en la garganta.

Peter me miraba con horror, tenía a Gaby en brazos. Su cara paso de miedo por lo que Oscar me pudiera hacer a cara de sentir impotencia por no poder hacer nada.

—Oscar —dijo Peter con voz baja y tratando de sonar calmado.

—No, nada de Oscar, por culpa de ella —dijo haciendo presión con el cuchillo en mi garganta —, y tuya — dijo con voz de odio cerca de mi oreja.

—Piensa en la niña, ¡por Dios! —dije también en voz baja.

—La niña, ella es como una hija para mí, y ahora la tienen ustedes, mi mujer esta presa, y ahora me quitan a Gaby.

—No te la quitamos, nos las dieron —dijo Peter dando un paso adelante.

—Yo que tú, no sigo avanzando —advirtió Oscar —, o le corto la garganta a tu preciosa esposa —dijo y mi cuerpo se estremeció por el horror de sus palabras.

Gaby comenzó a despertarse, ya que se removió en brazos de Peter.

—Guarda el cuchillo, si te ve, se asustará —rogué en casi un susurro.

—Sí intentas algo —dijo amenazando a Peter —, le cortaré la garganta enfrente de la niña, no me quedará otra —dijo haciendo de nuevo presión en mi garganta.

Peter asintió con la cabeza, justo a tiempo Oscar retiró el cuchillo. Gaby se giró frotándose los ojos para mirarme abrazando a Peter. Él no la soltó.

—¿Ya llegamos? —preguntó con una voz de recién despertada — al ver a Oscar, abrió los ojos como platos, y chilló de emoción, y se movió en señal para que Peter la soltara. Oscar lo miró a los ojos retándolo, y Peter no tuvo opción más que bajar a Gaby, quien corrió a brazos de Oscar.

—Oscar —dijo abriendo los brazos para que la cogiera.

—Gaby —la levantó en brazos, yo me alejé lo más normal para no asustar a Gaby.

Peter me abrazó.

—Bueno, ya que estamos todos juntos, ¿qué les parece si los amigos de tu mami me invitan a un rico almuerzo? —sabíamos que no era una pregunta.

—Sí, ¿pueden? —rogó Gaby en brazos de Oscar. La pequeña nos miraba con mirada de por fa, por fa, sí.

—Claro —dije yo intentando sonreír. —, acabamos de desayunar, pero puedes quedarte al almuerzo —dije sin despegarme de Peter, quien estaba bastante tenso.

—Perfecto, por cierto, recuerdo que la cacería es con armas, para cazar un rico pato —dijo y comenzó a reír. Gaby le causó risa la manera de reír de Oscar, y ajena a todo se rio como una cría que era, una cría inocente.

Oscar estaba armado, no solo con el cuchillo. ¡Por Dios!, tenía un arma de

fuego.

Peter me apretó más, no entendía si era por lo tenso o porque me estaba enviando un mensaje.

Los segundos contaban. Peter temía por la niña, y no se separaba de mí lado.

—¿Comeremos pato? —preguntó la pequeña corriendo por la cocina.

—Sí, mi niña hermosa, pediremos pato —dijo sonriéndole y mirándonos de reojo a Peter y a mí.

—¡Siii! —gritó contenta Gaby.

—Cariño ve a lavarte las manos —dijo Oscar.

La niña me miró, ya que no conocía la casa. ¡Por Dios!, no podía irme y dejar solo a Peter.

—No conoce la casa —le dije rápidamente a Oscar al ver como perdía la paciencia, ya que Gaby se quedó mirándome.

—Bueno en ese caso, llévala entonces —dijo sonriendo con malicia —, Peter y yo pediremos la comida.

Peter me apretó el muslo. Tuve que poner mis pies a funcionar.

—Vamos, nena —le sonreí a Gaby, que era todo sonrisa, al menos estaba protegida mentalmente.

Entramos al baño del cuarto de Peter y mío, lo hice adrede, para ganar tiempo.

—Nena, escúchame, Gaby —dije mientras comenzaba a lavarse las manos. Dejó de hacerlo y me miró.

—Escucha, necesito que te quedes aquí mirando la televisión, Oscar, Peter y yo, vamos a preparar todo para la comida, y es algo aburrido, yo te traeré luego cositas para divertirte, puedes ver los dibujitos aquí, ¿podrás hacer eso por mí? —pregunté rezando para que no me siguiera.

Asintió con la cabeza.

—Eso, muy bien. Termina de lavar tus manitas y ven —dije mientras ella

obedecía.

La dejé en la cama con el canal de dibujitos y me fui.

Cuando estaba por llegar a la cocina.

—¡Ahí estas! —dijo apareciendo Oscar con el arma en mano. ¡Peter!,

—¿Donde esta Peter? —pregunté en voz baja reteniendo las lágrimas que querían salir.

—¡Relájate!, está en la cocina —dijo con malicia.

No me importó corrí a la cocina, y me eché a llorar, estaba bien gracias a Dios, estaba bien. Estaba amarrado. Me acerqué a él llorando.

—¡Shhh!, Davinia, mi amor, estoy bien —dijo Peter mientras lo rodeaba con los brazos. Tenía las manos atadas hacia atrás, sentado en un banquito de la cocina.

—¡Qué bonito! —irrumpió Oscar, y comenzó a aplaudir —, pero, ¡basta! —dijo irritándose. Solté a Peter, pero no me moví de su lado.

—¿Qué es lo que quieres Oscar? —pregunté secándome las lágrimas.

—¿Qué quiero?, ¡Ummm! —Dijo tocándose la boca con el arma —, veamos, pues, ¡ah!, ¡ya sé! —me apunto al pecho con el arma. Peter se removió inquieto. Le toqué el pecho para tranquilizarlo —, quiero, querida Davinia, que liberen a Alexia, o Peter perderá a su esposa, solo que tú, no estarás prisionera, estarás muerta, o mejor violada y muerta —dijo y dio un paso adelante —, ya que, ¡ufff!, Davinia, no sé qué te hizo Peter, pero estas —dijo recorriéndome el cuerpo con la vista de una manera desagradable.

—¡Hijo de puta! —dijo Peter entre dientes.

—¡Uyyy!, Peter, yo que tú, me quedó callado, todo lo que salga por esa boca maldita tuya —dijo con mirada asesina —, harás que Davinia lo pague.

—Ok, entiendo —dije dando un paso adelante.

—¡Vaya!, pero que valiente y no tan estúpida como pensaba que eras —dijo riéndose con desprecio —, pero primero pasara esto, comeremos, por lo menos yo, que muero de hambre. Peter, mi amigo —dijo con sarcasmo —, pediré dos Patos laqueados, ¡es más!, no dos, tres, con vegetales, arroz, y un

buen licor, todo a tu cuenta. Luego tú —dijo señalándome, si te portas bien, ya sabes me haces una buena paja y te pones a sacar a Alexia de la cárcel. Luego de eso vaciamos las cuentas tuyas y de Peter, y me largó con Alexia y Gaby, y vivirán.

Capítulo 3

Peter no dijo nada, pero sentía como quería matar a Oscar. Mi cara era de horror.

—Tranquila, ex esposa, cumpliré mi palabra, no soy imbécil para matarlos, sí, sí hacen lo que yo diga, si no lo hacen, mueren y yo estaré igual de feliz en una isla con Alexia y Gaby.

—Está bien, Oscar, tu gana, haré todo eso —dije y apreté sin que me mirara el muslo de Peter.

—Perfecto —dijo guardándose el arma atrás en el pantalón —, como Peter esta amarradito, pues, ya sabes que, si intentas correr o algo, él muere, así que, pediré la comida, y tú, Davinia, encárgate de Gaby y de que Peter, no me haga molestar —después desapareció hacia la sala.

—Ese mald....

—¡Shhh!, Peter, ¡basta! —le supliqué.

—Ok, ok —dijo mirándome con ira y dolor.

—¿Gaby está bien? —preguntó mirando por donde Oscar salió.

—Sí, está bien, está viendo la televisión en nuestro cuarto —dije en voz baja.

—Davinia, acércate —dijo y lo hice —, abrázame —pidió en tono muy bajo. Lo hice.

—Mi amor, yo tengo una pistola, la caja se abre con mi mano, está en la cama. La cama, el esqueleto grueso de madera, hay un compartimiento, tienes que meter la clave, es 0103. Tráemela amor, cuando puedas, hay que ser cuidadosos.

Me estremecí abrazándolo.

—¡shhh!, lo sé, mi amor, lo sé, tranquila, pero, él —dijo tenso en mi abrazo —, él no se ira sin hacernos daños, él querrá...

No lo dejé hablar lo besé con lágrimas en los ojos.

Fui a la habitación, Gaby se había quedado dormida. Con cuidado de no despertarla, y vigilando la puerta de la habitación, me agaché y seguí las instrucciones de Peter. Localicé el sitio.

—¿Qué haces? —preguntó Gaby haciendo que me brincara el corazón por el susto.

—Buscando unos zapatos, nena —dije sonriéndole.

—¡Ah!, ¿y Oscar? —preguntó frotándose los ojitos.

—Con Peter, corazón, pero todavía no está lista la comida, te tienes que quedar un rato más aquí.

—Pero estoy aburrida —dijo con cara de puchero.

—Bueno, yo tengo —pensé en las cajas que tenía dentro del armario, arriba en donde se guardaban bolsos, maletas, etc. Tenía unas cosas de mi niñez y juventud. Estoy segura de que ahí había una o dos muñecas —, algo que te gustara bastante —dije poniéndome de pie y caminando para cogerlo.

Gaby me siguió con curiosidad. Mientras comenzaba a sacar las cajas, vi un bate de beisbol. Lo saqué con cuidado y lo dejé a un lado. Saqué la caja donde recordaba haber visto las muñecas.

—¡Ahí están! —dijo sorprendidamente Oscar.

—¡Oscar! —chilló Gaby y corrió hacia sus brazos.

—Muñeca —la alzó en brazos —, mi muñeca tengo que hacer algo contigo, un truco de magia.

Me horrorice. Me quedé de pie en el armario y miré el bate de reojo.

—¡Sí! —dijo con emoción Gaby.

—Oscar —comencé a decir, Oscar me mandó una mirada de advertencia y me cerré la boca.

—La magia hará que cuando abras los ojos aparecerá la comida —dijo sonriendo y me miró con malicia —, pero primero tienes que prometerme que serás una niña grande y valiente. La magia a veces da miedo —dijo sonriéndole con falsa ternura.

—Sí —dijo Gaby y asintió esperando.

Oscar la dejó en el suelo, se puso a su altura, ella dándome la espalda, y así Oscar podía mirarme. Sacó un pañuelo y un frasquito.

—No —dije y me tapé la boca.

Oscar me miró, pero continuó, ya que Gaby no me escuchó.

—Sera rápido —dijo sonriéndole y le puso el pañuelo en la boca, y la nena se desplomo en sus brazos.

—Gaby —dije y di un paso adelante.

—Quédate ahí —dijo amenazando.

No me moví y vi como cargó en brazos a Gaby y la deposito con cuidado a un lado de la cama. Aproveché mientras la atendía, tomé el bate y rápidamente con la adrenalina a millón por hora, con todas mis fuerzas lo golpeé en la cabeza. No tuvo tiempo de gritar cuando cayó al suelo, y lo volví a golpear en la cabeza. Tomé unas corbatas de Peter le amarré las manos muy bien atrás en la espalda, y las piernas. Corrí en busca de Peter.

—¿Davinia que sucede? —preguntó Peter subiendo el tono de voz.

Solté a Peter si poder hablar.

—¡Davinia!, ¡mi amor!, ¡mírame! —dijo tomándome la cara con sus manos.

—Lo...lo golpeé dos... veces con el bate, y lo amarré, él... —dije y comencé a temblar.

—¡Shhh!, ven —me abrazó —se separó —, tengo que ir a ver, ¿vale? —dijo mirándome, yo asentí con la cabeza, y me senté en una silla de la cocina.

No pude quedarme quieta y lo seguí cuando llegué al cuarto. Peter le estaba quitando el arma, y Oscar seguía inconsciente.

—¿Esta? —pregunté a medias.

Peter negó con la cabeza. Fue al armario y sacó unas esposas, y se las colocó a Oscar.

—Lo golpeaste mal, pero está respirando —dijo levantándose.

—Gaby —dije y corrí a su lado —, Oscar le puso un pañuelo en la cara. Estoy segura de que con cloroformo.

—Ella va a estar bien, yo la miré, está dormida, pero lo más probable que puede que se despierte mareada, con nauseas o dolor de cabeza. La habitación huele un poco a cloroformo, y al mirar vi el frasquito.

—Voy a llamar a la policía —Peter asintió con la cabeza.

—Y llama a una ambulancia —dijo cuándo corrí a la sala buscando algún teléfono, Oscar se encargó de desaparecerlos.

Regresé a la habitación, y me agaché donde estaba Oscar. Peter estaba con

Gaby.

—¿Qué haces? —preguntó levantándose.

—Tengo que sacarle su móvil. No sé qué hizo con los teléfonos de la casa, ni nuestros móviles.

—Yo lo hago —dijo y se acercó a Oscar —, toma —dijo pasándome el móvil de Oscar.

Llamé a la policía, y luego a la ambulancia.

Peter sacó en brazos a Gaby, y aseguró la habitación para dejar a Oscar adentro. Lo que yo no sabía es que los golpes que le di a Oscar lo dejaron muy mal. Peter cerró todo, fue para no asustarme. La policía llegó, seguida de la ambulancia. Revisaron a Gaby, contamos lo sucedido y se llevaron a Oscar en otra ambulancia.

—¿Y sí se muere por mi culpa? —pregunté temblando sentada en la cocina.

La policía hacía casi dos horas desde que se había ido. Gaby se fue con los padres de Alexia, que estaban ajenos a las locuras de su hija. Peter me aseguró que sus ex suegros eran de confianza. La niña estaba en buenas manos, y los veía como abuelos. Era lo mejor por ahora que no estuviese con nosotros. A los de servicio social les había costado conseguir el teléfono de los padres de Alexa, y a Peter se le había olvidado que ellos podían ayudar.

—Mi amor —dijo Peter abrazándome —, fue en defensa propia. No lo mataste, y si muere, no es tu culpa, él iba a matarnos, e iba a...—no pudo hablar, pero sabía que diría lo que yo presentí. Dejó inconsciente a Gaby, para violarme.

No pudimos dormir en casa, nos fuimos a otro hotel. El lunes por la mañana, temprano, Peter fue a la policía. Me dejó con Natalia y Desirée en la habitación de hotel.

—Que terrible, todo lo que has vivido —dijo Natalia sujetándome la mano.

Llamaron a la puerta de la habitación.

—Yo abro —dijo Desirée levantándose, y mirando por el ojo mágico de la puerta. Abrió.

—Hola —dijo Manuel entrando rápidamente, y fue hasta la cama y me

abrazó con fuerza. Rompí a llorar.

—Preciosa, ¡oh!, ¡gracias al señor!, ¿estás bien? —preguntó sin dejar de abrazarme.

—Sí —logré decir entre las lágrimas.

Desirée y Natalia se unieron al abrazo, nos caímos todos encima uno del otro, y rompimos a reír.

—Mejor, eso es de lo que yo hablaba —dijo Manuel secándose un par de lágrimas.

—¡Vaya!, ¡tío!, no llores, que lloro —dijo Natalia, también secándose las lágrimas.

Desirée negó con la cabeza y sorbió por la nariz.

—¿Tienen hambre? —pregunté agarrando un pañuelo de papel.

—Sí, ahora que lo mencionas —dijo con una gran sonrisa en el rostro Natalia.

Pedimos comida. Peter volvió casi dos horas después.

—¡Vaya!, tenemos reunión —dijo Peter sonriendo, pero se le veía cansado.

Manuel le dio la mano y un leve abrazo. Las chicas le saltaron encima y casi comienzan a llorar, ya que ellas no vieron a Peter, vinieron después de que él se fuera.

—Jefe, me alegro mucho de que este bien —dijo Natalia soltando a Peter, quien se sintió querido.

—Sí, la verdad, sí —dijo Desirée un poco apenada por abrazarlo afectuosamente.

Yo solo los miraba y estaba tan contenta de tener a tantas personas que amo en la misma habitación que yo.

Capítulo 4

Después de la reunión emocional en la habitación del hotel. Peter cayó rendido, durmió hasta las 5 de la tarde. Mientras yo me daba una ducha relajante. Peter apareció en el baño.

—Pensé que habías salido a buscar comida —dijo y comenzó a orinar.

—No, decidí bañarme —dije echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Sentí como el agua se movió. Abrí los ojos y Peter estaba desnudo metiéndose conmigo.

—Ven, hazte a un lado —dijo y me metí entre sus piernas, dándole la espalda.

Comenzó a besarme el cuello.

—No puedo creer por todo lo que hemos pasado —dije disfrutando de sus expertos labios.

—No hablemos de eso, mi amor, déjame que te haga olvidar —dijo y cerro sus manos en mi pecho.

—El agua ya se enfrió —dije comenzando a excitarme.

—¡Shhh!, yo la caliente — me hizo darme vuelta, me alzó por las caderas.

Subía y bajaba. ¡Por Dios como amo a este hombre!

—Davi... —dijo e hizo un sonido gutural. Amaba poder volverlo loco.

Sus manos bajaron de mis caderas a mis muslos, estaba embistiéndome de esa forma, yo arriba de él, pero sus manos me volvían loca. Llevó una mano a mi hinchado clítoris, y eso fue más que suficiente, lo comenzó a mover de forma circular y el orgasmo llegó. Segundos después sentí como se vació dentro de mí.

La nena, Gaby, la tenía en mente. Las pruebas no las daban hoy. Hoy sabríamos si Gaby era o no hija de Peter.

—Hola, sí, ya voy para la oficina —dije tomando un taxi..

—Mujer, no tienes que venir, tomate el día —dijo Natalia al otro lado de la línea.

—Naty, es martes, y tengo que seguir viviendo. Peter está haciendo unas reparaciones en la casa, y yo no puedo dejar que ambos abandonemos el trabajo.

—Está bien, te espero, cuídate —colgó.

Le di la dirección al taxista y comencé a revisar mis emails. Estaba tan

distraída, que cuando vi que todavía no llegábamos mire por la ventana izquierda, y vi que no estábamos camino a la oficina.

—Señor, disculpe —dije mirándolo.

—Sí —dijo con voz de flojera.

—Por aquí no es — vi la hora, ya se me hacía tarde.

El taxista no dijo nada, y comencé a asustarme.

—Señor, sabe que, me bajo aquí —dije e intenté abrir la puerta pero no pude. El coche estaba en movimiento y ahora fue más rápido.

—¿Qué hace?! —pregunté terriblemente asustada.

El hombre siguió conduciendo en silencio. Cogí el móvil para llamar a Peter.

—Sí hace eso, morirá —dijo mirándome por el retrovisor. Me odie por no tener en remarcado a Peter. No presione el botón de llamar.

—¿Quién lo envía?, ¿Alexia o Oscar? —pregunté intentando no perder los pocos nervios que me quedaban.

El hombre se rio.

—Hablas mucho zorra —siguió conduciendo.

—¡Davinia!, ¡Davinia! —dijo Peter sacudiéndome, abrí los ojos. Estaba empapada de sudor. Y me sentía hirviendo.

—Mi amor, estas con mucha fiebre, tuviste una pesadilla, no parabas de gritar —dijo Peter abrazándome.

—¿Qué día es hoy? —pregunté y comencé a temblar.

—Tranquilízate, mi amor, estuvimos hace poco haciendo el amor en la bañera.

Las lágrimas se me escaparon.

—Vamos a una clínica —comenzó a decir Peter.

—No, no quiero, es solo fiebre y una mala pesadilla —dije y me comencé a levantarme, pero me mareé.

—Davinia, para, está bien, llamaré al doctor.

Y así fue, el doctor vino y me atendió, me bajó la fiebre, me dijo que era por el aborto. Me pidió que me alimentara bien. Que no podía tener sexo ahora en mi estado débil.

Al día siguiente Peter pidió que le enviaran los resultados de la paternidad al hotel.

—Buenos días mi amor —dijo Peter, poniéndome una bandeja con comida en la cama.

—Buenos días —dije observando la bandeja.

—¿Cómo te sientes? —preguntó nervioso.

—Yo bien, ¿tú por qué estás tan nervioso? —pregunté poniendo toda mi atención en él.

—Tengo, los resultados de paternidad. Todavía no he abierto el sobre —dijo poniéndolo sobre la cama.

—¡Vaya! —Lo cogí —¿Quieres que lo abra? —pregunté mirándolo con cautela.

Asintió con la cabeza.

Era algo bastante difícil de hacer, pero abrí el sobre, saqué el papel, lo desdoble y comencé a leer.

Mi cara mostro mucha sorpresa. La verdad no me dio tiempo de pararme a pensar en sí era o no hija de Peter. Yo solo veía a una nena, que estuvo en manos de gente horrible como Alexia y Oscar.

—¿Y bien? —dijo inquieto y nervioso.

—Gaby, no es tu hija —dije y lo miré a los ojos.

No puedo culparlo, su cara era de alivio, pero sabía que aun así le importaba la niña.

—No sé qué decir —dijo levantándose de la cama.

—Nada, tenemos que investigar de dónde viene Gaby y ayudarla a... que no esté desprotegida —dije y Peter me sonrió con amor.

—Lo sé, esa niña es inocente, no podemos dejarla a su suerte. Lamento si me nuestro aliviado, yo no sé...

Lo interrumpí.

—Mi amor, es comprensible. Ella te ve como el amigo de su mamá. Nadie sabe lo que ha pasado esa nena. Pero ahorita no te rompas la cabeza por eso, no te hagas líos. Lo que importa es ayudarla.

—Es qué no quiero que pienses que soy un hombre insensible...

—No lo eres—me acerqué hasta él, con cuidado de no tirar la comida.

Lo besé, y le sugerí desayunar, para poder coger fuerzas.

—Voy a reforzar la seguridad de la casa. Estoy vigilando a Oscar, continua en el hospital. Al parecer ya está mejorando. Pero no confío en él, podría escaparse. No iras a trabajar mi amor, quiero que andes para arriba y para abajo conmigo.

—Peter, no podemos dejar de vivir — en el fondo sentí un escalofrió, la pesadilla que tuve la sentí tan real...

—No dejaremos de vivir. Davinia, la pesadilla que tuviste gritabas, algo sobre un taxista enviando por Alexia u Oscar.

Me quedé sorprendida.

—Supongo todo lo que hemos vivido —dije negando con la cabeza.

Peter se sentó frente a mí y me tomó de las manos.

—No dejaré que te ocurra nada. Te has defendido sola, lo lamento mucho, no haber podido ayudarte —dijo apretándome las manos.

—No, no —dije y me senté en sus piernas—, no digas nada, me has salvado muchas veces, protegido, estabas amarrado y yo solo hice lo que tenía que hacer —dije abrazándolo con fuerza.

Capítulo 5

Peter cumplió su palabra, me quería con él para arriba y para abajo. Habíamos desayunado y estaba preocupado por Oscar, temía que escapara.

—Peter, ¿iremos hoy a la oficina? —pregunté cuando entramos a una tienda de sistema de seguridad.

—Sí, tranquila, tengo eso bajo control —dijo saludando al comercial.

Mi móvil comenzó a sonar en mi bolso.

—Voy a cogerlo —dije mirando a Peter.

—Espera —le dijo algo al chico y se acercó a mí —yo te acompaño —dijo con semblante serio.

Puse los ojos en blanco, pero tenía razón, habíamos pasado por mucho y

estamos expuestos a que nos volviera a pasar algo.

—Hola

—Hola —dijo Carla.

—Carla —dije con sorpresa. Había pasado un tiempo sin hablar con ella, solo por mensajes. Carla mi hermana mayor, cuatro años mayor que yo.

Peter se relajó a mi lado. Me provocaba besarlo. Amo como me quiere, y mis hormonas andaban a flor de piel.

—¿Cómo estás hermanita? —preguntó suavemente.

—Bien, gracias a Dios, podría estar peor —dije y le di la mano a Peter, quien la tomó y la besó, haciendo que mi corazón brincara de amor.

—Te invito a comer —dijo con alegría.

—Sí, ando con Peter, ¿no te importa? —pregunté y Peter frunció el ceño.

—No para nada, quiero ver a mi cuñadito —dijo riendo.

Sonreí.

—Perfecto.

Me dijo dónde encontrarnos, colgamos.

—Carla, quiere que almorcemos juntas, en un restaurante de mariscos.

—Bien, vamos —dijo pasando su brazo por mi cintura.

Disfrute de su cercanía como una adolescente enamorada.

Entramos al restaurante y olía divino, a mantequilla y a ajo.

—¡Davinia! —llamó con emoción desde una mesa Carla.

Me emocioné de inmediato al ver a mi hermana.

—Hola —dije perdiéndome en su abrazo.

Peter la saludó con otro y dos besos en cada mejilla.

—Cuñadito, es emocionante verte de nuevo —dijo una gran sonrisa.

—Carla, lo mismo digo, estas muy guapa —dijo y le guiñó el ojo.

—Hombre, no digas esas cosas, que me sonrojo toda — nos miramos

haciéndonos las payasas y comenzamos a reír.

Tómanos asiento en una mesa para cuatro. Peter a mi lado y Carla frente a nosotros.

—¿Qué quieres beber mi amor? —preguntó Peter y miro la carta de bebidas.

—Un vinito dulce – le guiñé el ojo y le saqué la lengua.

Peter pidió un vino caro, pero exquisito. Peter no escatimaba en gastos.

—¿Cómo has estado tú? —le pregunté a Carla. Después de que Peter pidiera el vino.

—Bueno, estoy picando, ya sabes “entremeses” —dijo sonrojándose, y Peter tosió y sonrió con diversión.

—¡Carla!, eres tremenda mujer —dije sonrojándome igual que ella.

—Hermanita, después del divorcio, decidí divertirme un poco. Ha pasado tiempo —dijo y llegaron las bebidas.

—Hagamos un brindis por este encuentro y por la felicidad, el amor, y la familia —dije mirando a Peter en esa última mención.

—Yo quiero agregar, que te amo hermanita — sus ojos se llenaron de lágrimas.

Bajé mi copa.

—¡Carla!, ¿Qué no me estas contando? —pregunté y vi como su mirada titubeo.

—¡Nada!, solo estoy sentimental por verte —dijo mirándome a los ojos y sonriendo.

Peter me apretó el muslo. Terminamos el brindis.

—Voy al baño, ¿vienes? —dije mirando a Carla, no era una pregunta, era una orden.

Asintió con la cabeza.

—¿Quieren que pida por ustedes, o quieren pedir ustedes? —dijo Peter caballerosamente.

—Yo quiero un buen pescado a la plancha —dijo Carla, con hambre.

—Eso suena delicioso, ya te lo pido, ¿tú mi amor? —dijo Peter sonriendo.

—Yo lo mismo—dije sonriendo, ya se me hacía la boca agua.

Peter sonrió más ampliamente.

—Estas mujeres tienen bastante hambre, me uniré a ti mi amor, pediré lo mismo, pero una cama de papas a la francesa y compartimos —dijo guiñándome un ojo.

Me sonrojé.

—Después nos pondremos a hacer ejercicio —dije sonrojada a más no poder al ver como Peter se relamió los labios. Su idea de ejercicio eran maratones de sexo caliente.

Nos dirigimos al baño.

—Ahora, bien, ¿dime que coño está pasando? —pregunté cabreándome.

—¡Davinia!, este restaurante es caro, baja la voz, cualquier mujer que entre puede escucharte —dijo tomándome por el codo.

—No, Clara, me da igual, ¿estas enfermas?, ¿qué sucede? —pregunté mirándola y cogiéndola ahora yo por el codo.

Clara suspiró.

—No estoy enferma, pero...

— Pero ¿qué? —dije asustándome.

—Creo que estoy en estado, de hecho, casi de los nervios se me olvida, no puedo tomarme ese vino.

Me tape la boca.

—Carla, pero eso es excelente, ¡voy a ser tía! —dije chillando y abrazándola.

Carla me apartó y le miré los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué sucede? —pregunté y la abracé, ya que comenzó a sollozar con fuerza.

—El bebé, viene mal, tengo que abortarlo, después de todo si necesito ese trago.

—¡Carla!, ¡oh!, Carla, cuanto lo siento —dije y la abracé con más fuerza.

Carla lloró un poco, se sereno rápidamente, cosa que me preocupó. Lavó su cara y salimos juntas.

—Llegaron justo a tiempo —dijo Peter sonriendo ampliamente, cuando miro a Clara, me miró con preocupación.

Negué con la cabeza, él entendió que luego hablaría con él. Comimos, gracias a Dios, Carla comió con ganas y recuperó un poco su ánimo.

—¡Vaya!, esta comida estuvo excelente, estoy muy satisfecho —dijo Peter. Le hizo señas a un camarero, era tan sensual en cada gesto que solo conseguía que me derritiera aún más si cabe.

—Pediré un licor de hierbas, ¿quieren uno? —nos preguntó.

—Yo sí —dijo Carla.

—Yo no, gracias, estoy bien así.

—Ok, dos licores para hacer una buena digestión.

Quería seguir disfrutando del vino.

Después de terminar, invité a Carla a pasar unas semanas en nuestra casa. No aceptó de inmediato, pero la convencí de cocinarle rico y atenderla como se merecía, al final lo conseguí y cedió.

Capítulo 6

—¿Qué sucedió con Carla? —preguntó Peter, sentado conmigo atrás en el coche, estaba manejándonos ahora el chofer.

—Está embarazada, pero el bebé viene mal. La pobre me lo dijo todo hecha un mar de nervios, y lágrimas.

Peter negó con la cabeza.

—Lo lamento mucho. Ahora entiendo porque la invitaste con tanta insistencia a venir a casa.

—Sí, no puedo dejarla sola en esto, tiene que abortar, y pasar por eso...

Se me cayeron unos lagrimones.

—Ven, mi amor — me sentó en sus piernas.

Llegando a casa, bajándonos del coche, sonó el móvil de Peter.

—Sí, diga —le hizo una seña de agradecimiento al chofer.

Yo me quedé mirando a Peter que me dio la espalda y se alejó un poco.

—Ok, gracias, hasta luego —dijo y colgó. Su expresión era dura y seria.

—¿Qué sucede? —dije con un nudo en el estómago.

—Gaby.

Me acerqué rápidamente a Peter.

—¿Qué le paso? —pregunté con temor.

—No, tranquila, a ella no le paso nada —dijo tomándome por los brazos.

Respiré mejor —, ella, es hija de Oscar.

—¡¿Qué?!

—Sí, escuchaste bien, la niña es hija de Oscar. Alexia mintió solo para joderme. Aún no se sabe quién es la madre de la niña.

—¡Por Dios!, ¿y si Oscar no se recupera? —dije llevándome una mano a la boca.

—¡Shhh! —me abrazó — Davinia, mírame —dijo subiéndome con cariño la barbilla — si Oscar queda mal, se muere, o queda jodido, no es tu culpa, no solo puso en peligro nuestras vidas, también la de Gaby.

—Lo sé, pero Gaby adora a Oscar —dije y se me saltaron las lágrimas.

—Lo sé, pero ella no va a estar sola, te dije que buscaré la manera de que sea feliz.

Lo abracé y deseaba que esta pesadilla terminara.

—Voy a llamar a la oficina —dije caminando hacia la cocina.

—No hace falta preciosa, dejé a alguien encargado —dijo mientras se dirigía a su estudio.

Lo seguí.

—Peter, ¿cuándo pensabas decirme eso? —pregunté un poco enojada.

—Escucha cariño, lo que estoy intentando es que no te preocupes. Natalia, Desirée y Manuel, más la persona encargada, pueden sobrevivir sin nosotros —dijo con tono serio y se sentó en el escritorio.

—Ok, iré a darme una ducha, y a prepararle la habitación de invitados a mi hermana.

No me convenció su respuesta. Me enojaba que tomara decisiones sin mí, a pesar de todo lo que estábamos viviendo.

—Ok —comenzó a teclear en el portátil sin mirarme. Estaba paranoico, pero supongo que no podía culparlo.

Más tarde casi en la noche llegó Carla.

—Davinia, yo puedo sola —se quejó cuando cogí sus maletas.

—Carla, para, yo quiero... —me quedé callada, ya que lágrimas corrían por sus mejillas.

Solté las maletas y la abracé con todas mis ganas, era mi hermana, era una de las personas más importantes de mi vida.

—¿Ya llegó? —Peter interrumpió al ver la escena.

Me miró y le hice una seña con la cabeza, de que yo podía manejar la situación, se retiró asintiendo con la cabeza.

—Ven vamos a sentarnos —dije sin soltarla.

—Esto es muy duro —dijo y respiró profundamente — lo siento, no debería de llorar, tú... perdiste también un bebé...

Le puse una mano en la rodilla.

—Carla, tú dolor no tiene comparación, es cierto perdí al bebé, pero tú tienes que abortarlo porque viene mal. Aunque sean casos distintos, el dolor es grande. Cada una sufre a su manera. Lo lamento mucho, hermanita, yo te voy ayudar, estaré contigo cuando lo hagas.

Carla me abrazó con fuerza. Me puse a lavar unas papas, cuando sentí unas manos que me rodearon por la cintura y se aferraron a mi vientre.

—¡Shhh! mi vida, soy yo —dijo Peter besándome el cuello y enviando electricidad a todo mi cuerpo — ¿cómo está? —preguntó refiriéndose a

Carla.

Seguí lavando las papas.

—Se quedó dormida, le di un té para relajarla, cuando esté lista la comida, le llevaré o dejaré que venga a comer con nosotros.

—Que hermana tan bella —decía mientras acariciaba mí vientre, haciéndome estremecer por su forma de tocarme — me encanta como tu cuerpo reacciona a mis caricias.

Me sequé las manos en el delantal, me di vuelta y lo rodeé con los brazos.

—Te amo —dije y me comió la boca. El beso comenzó a hacer que la temperatura subiera. Peter me alzó con sus manos en mi culo, me sentó en la encimera de la cocina y sus manos viajaron por mis muslos.

—¡Perdón! —dijo Carla apareciendo.

Peter y yo detuvimos el beso. Yo me sonrojé toda, y el bajó mi blusa, ya que se me veía el ombligo.

—No pasa nada —dijo Peter bajándome. Pude sentir su erección, yo lo estaba ocultando ya que estábamos frente a frente, pegados.

Carla tosió y se fue. Peter y yo soltamos una risita.

—¿Qué harás de comer? —preguntó sujetándome las caderas, su erección continuaba haciendo acto de presencia.

Me relamí los labios.

—Haré un pulpo con papas y algo más...

Me sonrió con sus labios pegados a los míos.

—Bella —dijo acariciándome los brazos — tu hermana, ¿sabes que regresara?, y la erección que tengo, si sigues besándome así, reventara el pantalón.

—Peter, ¿sabías que cuando hablas así, me vuelves loca de excitación?

Me dio otro beso arrebatador. Con la voz ronca dijo:

—Lo sé—se mordió el labio y se echó a reír.

Le di un golpecito en el hombro y se fue al estudio.

A los tres minutos regresó Carla.

—¡Wow!, ustedes dos son puro fuego, estáis cachondos todo el día —dijo sonrojada.

—Sí, lo lamento pensé que dormías.

—¡Que va! Davinia, no te disculpes es tu casa, discúlpame a mí —dijo y se sentó en un banquito en la barra de la cocina.

—No, pero es que, no era el lugar ni el momento —seguí lavando las papas.

—Réstale importancia, es muy hermoso ver ese fuego. ¿Necesitas ayuda? —preguntó caminando hacia mí.

—No, gracias, haré un pulpo con papas, y tal vez otras cositas ricas —dije guiñándole un ojo.

—Que rico, comimos bastante, pero me muero de hambre, debe de ser el emb... —se interrumpió.

—Pensándolo bien —dije intentando cambiar el tema, para que no se rompiera — ayúdame con esos calamares fritos que haces, te salen tan ricos que lo echo de menos muchas veces.

—¿En serio? —preguntó sonriendo.

—¡Sí!

Cocinamos juntas. El pulpo receta de la abuela. Los calamares de Carla, y Peter se dedicó a preparar los comensales.

—Huele divino —dijo Peter con la canasta de pan.

Cogí las ruedas de pan, les rocié aceite de oliva y las metí al horno.

—Sí, Davinia es excelente cocinera —dijo Carla y se llevó su segunda copa de vino. Iba muy rápido. Peter me leyó los ojos.

—Carla, ¿quieres escuchar algo de música mientras se tuesta el pan? —preguntó Peter.

—Sí, ¡vaya! sí, eso sería muy agradable, gracias —dijo y siguió a Peter a la sala.

—La dejé unos segundos, está viendo la colección de música que teníamos

—dijo en voz baja Peter acercándoseme.

—Gracias, amor —dije y le di un leve beso.

—Tiene que distraerse, pero me preocupa que beba tanto, todavía no ha abortado —dijo con preocupación.

—Lo sé, pero no puedo detenerla, al menos sé que tiene hambre — la verdad es que me sentí mal por su comentario del hambre por el embarazo.

Peter una vez más me leyó los ojos, y me abrazó.

—Voy con ella, cualquier cosa, llámame y te ayudo a llevar la comida — me dio un beso en la frente.

—Ok, mi amor, gracias.

Serví todo en la vajilla que elegimos Peter y yo.

—¡Davinia! —gritó Peter.

Estaba preparando todo cuando salí corriendo por su grito.

Al llegar a la sala vi a Carla desmayada, y mucha sangre entre sus piernas.

—¡Carla! —grité y corrí hacia ella.

—Voy a llamar a emergencias — salió corriendo.

—¡Carla! ¡Carla!

Estaba pálida.

—Ya vienen —dijo Peter junto a mí en el suelo — espera, déjame levantarla con cuidado y ponerla en el sofá.

—¿Se golpeó la cabeza? —pregunté llorando.

—No —dijo sosteniéndola en brazos con cuidado.

La dejó en el sofá.

—Yo estaba enseñándole un disco y se desplomó, logré frenar la caída, y la tendí en el suelo. Miré hacia abajo y vi la sangre.

Me sentí mareada, la sangre, y mi bebé, perderlo. Todo se me mezcló, pero no podía derrumbarme, mi hermana me necesitaba.

—Davinia —dijo Peter tomándome por los brazos.

—Lo siento, ¿dijiste algo? —pregunté y lo miré a los ojos.

—Sí, estas muy pálida, toma asiento, te traeré agua con azúcar, ya viene la ambulancia son rápidos, tienes que mantener la calma, Carla tiene pulso, esta pálida e inconsciente por la pérdida de sangre... lo más seguro perdió al bebé.

Asentí con la cabeza y rompí a llorar. Peter me abrazó con fuerza. Llamaron al timbre.

—Es la ambulancia —dijo y salió corriendo.

Capítulo 7

Una semana después.

—Davinia, estoy bien, insisto, regresa con tu esposo —dijo Carla caminando hacia la cocina.

—Carla, casi...

—Lo sé, pero no paso, estoy viva —dijo sonriendo.

—No quiero dejarte sola — me senté en la barra de su apartamento.

Carla me acercó una taza humeante de café.

—Hermanita, estoy sana, recuperada, ha pasado una semana.

—Sí, lo sé, pero quiero que estés bien al cien por cien —dije cogiendo la taza.

—Bueno, con la parte emocional y todo eso... es difícil, pero no imposible —dijo en otro intento de sonrisa.

Suspiré. Mi móvil comenzó a sonar.

—Ve, es tu esposito —dijo y me quiño el ojo.

—Ok.

—Hola mi amor, ¿cómo estás? ¿crees que hoy te pueda ver? —preguntó Peter.

—Hola mi amor, bien ¿y tú? sí, no quería dejar a Carla sola —dije bajando la voz y entrando en la terraza.

—Te extraño, si quieres estar con ella, que venga.

—No quiere, quiere que la deje sola —dije admirando la vista.

—Bueno, si es lo que quiere, dale un espacio, a lo mejor requiere de estar sola, llorar, pensar.

—Me imagino que sí, pero es duro dejarla.

—Te entiendo, y ¿sabes que no quiero que te vayas a enfermar?

—Sí.

—Bueno mi vida, entonces no se diga más, te recojo para ir a comer. Ya puse orden en la oficina. Ya mi respaldo se fue.

Peter trabajó media semana, no quería dejarme, pero lo convencí de hacerlo.

—Ok, te esperare.

Nos despedimos.

—Ves, no están malo, ¿verdad? —preguntó con una sonrisita apareciendo en la terraza.

—Sí, la verdad lo extraño un mundo.

—Bueno hermanita, gracias por todo —dijo y me abrazó.

—No, Carla, no me des las gracias, te quiero mucho eres mi hermana mayor —dije abrazándola con fuerza.

—Yo también te quiero.

Me fui a dar una ducha, cuando golpearon con fuerza la puerta del baño. Me salí rápidamente de la ducha, y cogí una toalla.

—¡Carla!, ¿estás bien? —pregunté en voz alta. No hubo respuesta. No tenía

nada que poder usar como arma. Tenía todo el derecho del mundo a pensar así.

Cuando puse la mano en el pomo de la puerta, llamaron a la puerta nuevamente, y pegué un brinco.

—Soy yo, Carla —dijo con tono extraño.

Abrí rápidamente, y me llevé las manos a la boca. Gracias a Dios no se me abrió la toalla.

—¡Oscar! —dije y retrocedí un paso.

—Sí, Oscar —dijo sacando el arma de fuego detrás de la espalda de mi hermana.

Abrí los ojos como platos.

—Ahora, veamos, me dejaste como ¡MIERDA! —Gritó haciendo que Carla temblara y yo brincara — casi en coma, tengo suerte de que no me jodiste, pero me ha costado recuperarme, ¡ZORRA DE MIERDA! Me encanta el silencio, ahora ya no dices nada. Lo mejor de todo es que tengo dos hermosas mujeres, una zorra y esta —dijo bajando la mano hacia la vagina de mi hermana, quien me miraba con temor.

Mi móvil comenzó a sonar, lo había traído al baño, por si Peter llegaba antes.

—Perfecto, debe de ser tu esposo —cogió el móvil lo miro sonrió y lo estrelló contra el suelo y luego lo pisó — bien, supongo que si te estaba llamando es porque vendrá a buscarte, tenemos que irnos ¡ya! —dijo con voz siniestra.

—¿Me puedo vestir? —pregunté temerosa.

—Sí, pero rápido o mato a tu hermana —dijo y se quedó de pie esperando.

Me di la vuelta y me vestí como pude con la toalla para no dejar que me mirase desnuda, cosa ridícula, lo más probable me violará hoy, más tarde.

—Listo, vamos, pero antes —sacó unas esposas y me puso un lado y el otro a Carla — perfecto, andando — dijo y sentí el arma en mi espalda.

—La gente vera las esposas en la calle —dije para ganar tiempo.

—Cierto, toma esto —dijo y colocó un suéter entre Carla y yo, parecía como

que nos tomábamos del brazo como dos buenas amigas.

Rezar, es lo que podía hacer.

—Nos vamos a divertir de lo lindo —dijo Oscar mientras nos hacía andar.

Me tenía apretada por el brazo libré, con su otra mano abrió la puerta trasera de un coche con la pintura gastada.

—Suban —ordenó y vi como ocultó el arma.

Y ahí fue cuando sucedió, Peter, se detuvo más adelante. Salió rápidamente de su coche y miraba el edificio de Carla, con el móvil en la mano. ¡Por favor!, ¡Dios mío!, que miré hacia acá. No lo hizo, entro en el edificio.

—Sabes, sería divertido subir y meterle un par de balas entre los ojos —dijo Oscar.

—¡NOOO! —grité y me dio un bofetón, que partió mi labio superior.

—Por favor, por favor, no la golpees —rogó Carla.

—Entonces dile a tu hermanita que cierre la ¡puta boca! —dijo y arrancó el coche y nos fuimos.

Al menos le salvé la vida a Peter. Lloré de felicidad.

—Davinia, ¿estás bien? —preguntó casi en un susurro, Carla.

Asentí con la cabeza, y la miré.

Mi hermana me miró con dolor. Sabía que el golpe de Oscar, ya se me había hinchado y había sangrado, dolía, pero más me dolía saber lo que iba a suceder.

Tenía frío. Carla estaba abrigada y yo no. Miré el suéter, al menos eso me ayudaría, pero Oscar no me lo dejaría poner, para poder ocultar las esposas. Condujo casi dos horas.

—Llegamos, espero que les guste su nueva estancia —dijo y bajo del coche.

—Vamos —dijo tirando de mí fuertemente.

Era una casa de dos plantas, de madera de las antiguas, en buen estado, aunque cuando más nos acercábamos se podía ver que el tiempo había hecho mella.

—Estamos en casa de mi abuela, me dejó esta pocilga de herencia. Quien se iba a imaginar que la usaría con dos mujeres —dijo y comenzó a reírse como un loco.

Carla entrelazó nuestras manos.

—Bueno, siéntense por favor, mi casa es su casa —dijo y Carla y yo nos sentamos en un viejo sofá que olía a armario viejo.

—Bien, veo que no piensan hablar conmigo...

—¿Es una pregunta? —preguntó Carla mirándolo directamente a los ojos.

—No, es una afirmación —dijo sonriendo con malicia.

—¿Qué nos harás? —pregunto con firmeza mi hermana.

—Bueno, ahora que lo preguntas, sin titubear, quiero tener sexo, llevo tiempo sin follar, gracias a que me envió al hospital tu hermanita —dijo mirándome con odio.

—¿Nos mataras después? —preguntó sin vacilar Carla.

—No sé, tú no tienes la culpa de nada. Si te portas bien, follamos y todo eso. Te dejare vivir, pero a tu hermana, bueno, no sé todavía si matarla o no —dijo sonriendo como un lunático.

Capítulo 8

El tiempo pasa lento, cuando estas en una situación así. Aunque ya eran como las 5 de la tarde.

—Bueno, ya comí, ya hice la digestión —dijo sonriendo con satisfacción — ¡vaya! que malos modales, no les di de comer. Bueno les daré de comer después de follar, que da mucha más hambre.

Oscar señaló a Carla.

—¿Carla cierto? —preguntó y se sentó en una butaca enfrente del sofá.

—Sí —dijo Carla nerviosa.

—Bien, mira ex cuñadita, te mostraré lo que me gusta con Davinia, ella ya me ha comido, así que, ex esposita enseñémosle a tu hermanita lo que a mí me gusta —dijo y caminó hacia mí, liberó mi muñeca de la esposa y pegó su parte delantera en mi culo.

Estábamos frente a Carla.

—Quitemos esta blusa — me hizo dar la vuelta para tenerme frente a él. Rompió los botones de la fina blusa toscamente, los botones saltaron.

Se relamió los labios al mirar mi sujetador.

—Lindo —dijo y luego comenzó a abrir los botones de mi pantalón de vestir — quítatelos —ordenó y lo hice, no tenía otra opción, me partía el alma ver a mi hermana en esa situación.

Quede en ropa interior, un sujetador negro de encaje transparente y las braguitas a juego.

—¡Joder!, de verdad que el hijo de puta de Peter, tiene buena mano, ¡madre mía! como te ha puesto —dijo y se llevó una mano al bulto que comenzaba a crecer.

—¡Bueno!, ¡¿qué esperaras?! —preguntó irritado.

Le toqué el bulto, e intenté pensar en nada.

—¡Eso! de eso es lo que hablaba —dijo respirando aceleradamente.

Carla me miraba con tristeza. No pude mirarla más, me concentre en Oscar, si lo hacía feliz, a lo mejor salgo viva de esta. Solo estaba sobándole el bulto y podía sentir como se volvía más duro.

—¡Eso! Así me gusta—dijo y me sujeto las caderas con fuerza.

¿Qué le sucedió al Oscar, dulce y tierno? este hombre era otra versión, una horrible versión, me daba un asco increíble.

Bajé el cierre, y lo sobé encima del bóxer.

—¡Dios! extrañaba....

No lo dejé hablar, y moví más rápido la mano.

—¡No! —dijo deteniéndome —me asusté un poco — no tan rápido, no quiero correrme solo con la mano.

Bajé la intensidad.

—Métetelo en la boca —dijo sin mirarme.

El asco que tenía era descomunal. Pero lo hice. Oscar me sujeto la cabeza y llevó el ritmo. Me dieron arcadas, pero me controle. ¡Gracias al cielo se había duchado! pero obligarme hacer algo así, era terrible.

—¡Ya! detente —dijo con la voz entrecortada. No hacía falta que me lo pidiera dos veces, me detuve.

Me levanté, me quitó el sujetador, tan rápido que casi me caigo de culo. Bajó mis braguitas, dejándome desnuda frente a él y mi hermana. Miré a Carla, que estaba llorando. No la puedo culpar por mirar, era la impotencia de no poder hacer nada para impedirlo.

—Vamos, levántate, después vienes tú, siéntate allá —le dijo señalando una vieja silla a Carla.

Ella lo hizo. Oscar luego me tumbó encima y me abrió las piernas con rudeza, se subió a mí y me metió su asquerosa polla rápidamente. Al no estar lubricada y al no querer me dolió. Cerré los ojos y esperé a que acabara, y una vez más le di gracias a Dios, estar tomando la píldora. Él muy asqueroso, me comenzó a tocar los senos, y a entrar y salir sin delicadeza. Sonidos guturales llenaban la sala.

—Estoy... tan...cerca —dijo y paso sus manos debajo de mi espalda y me pegó más a su cuerpo, su polla estaba completamente adentro de mi vagina.

¡Por fin!, terminó la pesadilla. El hijo de puta se corrió dentro de mí. Me sentía sucia, como nunca en mi vida.

Se escuchó un fuerte ruido a fuera. Oscar se levantó de prisa y se subió el bóxer y el pantalón.

—Si llegan a gritar, las mato —dijo y tomó el arma, que no habíamos visto donde había guardado.

Carla se acercó a mí rápidamente, me dio mi ropa.

—Como lo lamento —dijo Carla, sin saber si consolarme o no.

—No digas nada, esto es mi culpa —dije y me vestí, no podía llorar, estaba en un modo automático.

Se escucharon unos disparos, Carla y yo nos asustamos y nos tiramos al suelo. Pero me levanté rápidamente. ¡Peter!, tenía que ser Peter. Oscar entro como alma que lleva el diablo, y me agarró por el cabello con fuerza.

—No le hagas daño por favor —rogó Carla mirando la escena con horror.

—¡CALLATE! —gritó Oscar y puso el arma en mi cabeza. Estaba nervioso, esperaba que alguien entrara por la puerta.

Oscar gritó de dolor, cayó al suelo afincándose en una rodilla, yo aproveché y

cogí de la mano a Carla y corrí con ella a la cocina. Oscar disparo hacia el frente. Logré ver sangre en su pierna, pero no hubo sonido de detonación.

—Tenemos que salir de aquí —dije bajando la voz, e intentando no perder los nervios.

—¿Por dónde? —preguntó Carla, mirando la horrible cocina.

—Espera —dije tomándola de la mano y haciendo que se agachara conmigo.

—¡NO! —gritó Oscar, y se escuchaba como se rompían cosas en la sala.

—Quédate aquí, o busca una salida, tengo que ir a ver —dije comenzando a ponerme de pie, pero Carla me hizo quedarme a su lado.

—No ¿y si no es Peter? —preguntó en voz baja, muerta de miedo.

—Tengo que averiguarlo, Carla —dije y me levanté.

Cuando estaba dispuesta a ir a la sala. Escuché la voz de Peter, gritando mi nombre, salí corriendo. Al llegar a la sala vi como Peter golpeaba muchas veces a Oscar, y dos hombres tuvieron que tirar de Peter para que lo soltara.

—¡Peter! —grité y corrí hacia él.

—¡Davinia! —dijo y nos fundimos en un abrazo.

Comencé a temblar, deseaba salir rápidamente de la casa. Carla se acercó y me abrazó.

Los hombres que tiraron de Peter estaban uno atando a Oscar y el otro buscando armas.

—¿Estás bien?, dime por favor, que no te hizo daño —dijo Peter tomándome con sus manos la cara con delicadeza.

—Estoy bien —dije y miré a Oscar que estaba inconsciente y tenía la cara llena de sangre.

Y sucedió lo peor del mundo. Un grito de mi hermana. Sangre manando de ella, en el estómago.

—¡NOOOO! —grité, Peter me tumbó al suelo.

Los hombres de la habitación apuntaron a Alexia. Alexia le disparó a mi hermana. Mi hermana se atravesó cuando Alexia nos iba a disparar a mí y a

Peter. No podía estar pasando esto.

Gritos, muchos gritos, y todos provenían de mí. Alexia no tuvo tiempo de disparar dos veces, uno de los hombres le disparó en la cabeza, y le mato.

—¡RAPIDO! hay que llevarla a un hospital —decía uno de los hombres, mientras el otro presionaba una toalla en el estómago de mi hermana, que me miraba con los ojos llenos de lágrimas. Yo intentaba acercarme, pero Peter me rodeo con sus brazos.

Lo último que recuerdo es un pinchazo y todo se puso oscuro.

Capítulo 9

—¿Me sedaron?! —pregunté con indignación.

—Cálmate, mi amor, por favor —rogó Peter.

—¡Carla! —dije y me levanté rápidamente y me mareé, Peter me sujetó por la cadera.

—¡Shhh! Davinia, cálmate, a tu hermana la están operando.

Lágrimas comenzaron a emanar de mí.

—¡No! ¡no! —dije llorando desconsoladamente.

—Davinia —dijo Peter.

Entró un médico con dos enfermeras.

—Permítame —dijo la voz del doctor.

—Señora Evans, intente por favor relajarse, su hermana tiene unas cuantas horas en el quirófano, pero tiene que ser fuerte por ella.

Sus palabras me impresionaron, no era palabras frías. Asentí con la cabeza.

—Bien, le daré un calmante natural, no la dormiré solo la relajará.

Asentí con la cabeza, y Peter me cogió la mano.

—Esto no puede estar pasando —dije cuando las enfermeras y el doctor se retiraron.

—Lo sé, mi niña, no sabes cuánto lo siento.

—¿Cómo se escapó Alexia? —pregunté secándome las lágrimas.

—Nadie sabe, la policía está investigando. Lo único que me lograron decir fue que Alexia iba a ser analizada por un psiquiatra, y nunca llegó al lugar.

—¿Entonces alguien la ayudó? no pudo ser Oscar, porque él estaba con nosotras...

Me acordé de lo que me obligo hacer y me estremecí. Peter frunció el ceño y me miró con preocupación.

—¿Qué te hizo?!, Davinia —dijo soltándome la mano, se levantó furioso. Su mirada era de impotencia.

—¡Basta! te lo ruego, no puedo con esto —dije comenzando a llorar.

—Lo siento, lo siento mucho — se arrodilló en el suelo y me tomó de la mano.

—No, Peter, levántate —dije entre las lágrimas que no paraban de caer de mis mejillas.

—No, mi amor. No debí irme, debí quedarme contigo y tu hermana —dijo en un hilo de voz — Si te hubiese perdido... yo

Me salí de la cama, me arrodillé con él y lo abracé con fuerzas.

Mi hermana, estaba en observación, estaba muy delicada. No me podía ir de la clínica.

—Davinia, tengo que irme, pero esta vez, tienes suficientes policías que te protegerán. Tengo que asegurarme de que esto termine de una buena vez por todas. Sea quien sea, que ayudo a Alexia a escapar, está detrás de todo esto. Oscar está preso, esta vez paso rápido por un hospital y ya lo encerraron.

—Entiendo —dije sentada en la sala de espera, ya me habían dejado abandonar la habitación donde me tenían sedada.

—Mi amor, mírame —dijo poniéndose de cuclillas frente a mí. Lo miré a los ojos.

—No te puedo prometer que todo va a estar bien, pero si puedo prometerte

que intentaré lograr que eso suceda —dijo sonriendo en un intento por fingir que todo saldría bien ¡Los cojones! De esta no nos salvaba ni Dios...

Asentí con la cabeza haciéndole creer que estaba convencida de que sí.

—Estaré en contacto contigo, por nada del mundo abandones la clínica, aquí estas seguras —dijo y se levantó. Me dio un beso rápido en los labios y se fue.

—¡Davinia! —llamó Natalia y detrás de ella venía a paso rápido Desirée.

Me levanté y me fundí en un abrazo con Natalia. Rompí a llorar.

—¡Oh! Davinia, corazón —dijo abrazándome con fuerza. Desirée también me abrazo.

Tenía las mejores compañeras y amigas del mundo. Les conté todo.

—Toma —dijo Desirée entregándome un vaso — es un té de manzanilla.

—Gracias —dije y le di un sorbo.

—Si quieres paso por tu casa y te busco ropa —dijo Natalia.

—No, está bien, Peter lo hará, gracias.

—Davinia, lo podemos hacer nosotras, así ustedes descansan un poco —dijo Desirée.

—Cierto —dijo Natalia.

—Gracias, la verdad no tengo cabeza ahora para nada.

—Davinia —dijo Manuel apareciendo.

Nos abrazamos. Pensé que no podía llorar más, pero comencé a llorar de nuevo. Le conté a Manuel lo mismo que a las chicas.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó Manuel a mi lado. Natalia estaba parada frente a mí, y Desirée sentada a mi otro lado.

—Me gustaría que estuvieses con Peter, me da miedo dejarlo solo —admití mirándolo a la cara.

—Por supuesto ¿dónde está? —preguntó sorprendiéndome por acceder rápidamente.

Le dije dónde encontrarlo, le di las gracias, un gran abrazo y un fuerte beso.

—¿Estás más tranquila? —preguntó Natalia.

—Sí, me da terror no saber quién fue que ayudó a Alexia, Peter está expuesto, aunque él me dijo que me quedara tranquila, que tiene seguridad.

—¿Un guardaespaldas? —preguntó Desirée con sorpresa.

Asentí con la cabeza.

—Sí, decidió contratar a uno, bueno a dos, uno para mí y uno para él.

—¿Dónde está ahora el tuyo? —preguntó Natalia.

—No sé, es decir lo conozco, pero debe de estar cerca, lo he visto un par de veces antes que ustedes llegaran —dije y le di otro sorbo a mi té.

—Bueno, es tranquilizador que tengas uno —dijo Desirée y miro a los alrededores.

—Señora Evans —dijo el doctor acercándose.

Me levanté de prisa y Natalia me cogió la mano.

—¿Cómo está mi hermana? —pregunté con terror.

—Fuera de peligro —dijo y comencé a llorar de felicidad.

Natalia y Desirée se contentaron.

—Sin embargo, va a pasar un tiempo en la clínica —dijo el doctor.

—Entiendo, muchas gracias — le di un abrazo. Luego me dio vergüenza — disculpe —dije mientras me sonrojaba.

—No se preocupe, estoy acostumbrado —dijo quitándole hierro al asunto y sonriendo.

—Gracias —dijeron al mismo tiempo Natalia y Desirée y me abrazaron.

El doctor hizo un gesto con la cabeza, sonrió y se fue.

—Voy a llamar a Peter — me alejé un poco de las chicas.

—Hola, mi vida ¿cómo está tu hermana? —preguntó de inmediato Peter.

—Ella, está fuera de peligro —dije sintiendo como el alma me regresó al cuerpo.

—¡Gracias a Dios! —dijo volviendo a respirar normal Peter. Sabía que estaba todo el tiempo pendiente.

—Sí, cariño—dije y comencé a llorar.

—¡Shhh! Mi niña, no llores por favor —dijo con preocupación.

—Son lágrimas de felicidad —pero lo cierto era que estaba muy cansada y preocupada por el asunto de la persona que ayudo a Alexia, o personas.

—Peter, ¿has pensando que pueden ser dos personas o más?

—¿Te refieres a la ayuda de Alexia?

—Sí.

—Sí, mi vida, lo pensé, por eso estoy trabajando con la policía, para poder continuar con nuestras vidas.

Capítulo 10

A veces, las personas en quienes más confías pueden estar disfrazadas de corderos y ser tremendos lobos.

—No puedo creer que ya te dieron de alta —dijo con emoción.

—Sí y es sábado —dijo Carla saliendo en silla de ruedas de la clínica.

—Eso es lo de menos, el día —dijo sin dejar de sonreír. Los días de atrás parecían tan lejanos.

—Bueno, bueno, chicas, vamos al apartamento de Carlina —dijo Naty acercándose con un ramo hermoso de flores.

—¡Vaya! ¿eso es para mí? —preguntó Carla.

—Sí, creo que esas te las manda el guardaespaldas de Davinia —dijo Desirée apareciendo con una caja de chocolates.

—No —dijo Natalia, sonrojándose toda — esas no son para ella —dijo y le quitó los chocolates con su mano libre a Desirée.

Carla y yo miramos a Natalia que estaba sonrojada a más no poder. Desirée se mordió el labio inferior.

—Así qué ¿el guardaespaldas de Davinia, te regaló flores y chocolates? — Preguntó en tono burlón —Desirée

—Tenemos que andar, Carla debe de estar emocionada por su salida y con ganas de llegar a su apartamento —dijo Natalia y apresuró el paso con las flores y los chocolates.

Natalia se alejó bastante de nosotras.

—Se formó una parejita —dijo Carla con diversión.

—No te preocupes, tienes muchas flores y cajas de chocolate —dijo Desirée y rompió a reírse.

—No seas mala, Desirée —me uní a su risa.

Peter apareció.

—Hola, cuñada, no sabes la felicidad que me da verte dejar la clínica — se agachó para darle un abrazo a la vez que se la comía a besos.

—Mi niña —me dio un beso leve en la boca — Desirée —dijo sonriendo a modo profident.

—Jefe —dijo ella sonriendo con timidez. Todavía no se acostumbraba a estar con Peter fuera de horario de trabajo, cosa graciosa ya que había pasado mucho tiempo.

—¿Van directo al apartamento? —preguntó con cautela Peter.

—Sí, mi amor —dije yo mirándolo con atención.

—Bien, Valerio los llevará con el chofer.

Valerio es el guardaespaldas.

Le hice señas a Desirée para que se adelantara con Carla.

—Peter ¿tú que harás? —le pregunté en voz baja.

—Tengo que irme, iré a la oficina —dijo con un semblante de seriedad, pero había algo más que no me estaba diciendo.

—No vamos a volver a lo mismo, te conozco, hay algo que no me estas contando —dije cruzándome de brazos.

—No, mi vida, no te estoy ocultando nada.

—No te creo ¿por qué iras un sábado a la oficina? —bueno la pregunta era tonta, era el jefe de poder podía.

Peter suspiró y se llevó una mano al puente de la nariz.

—Davinia, por favor, no es momento ni lugar para discutir —dijo cabreándose.

Odiaba que se pusiera así, últimamente estaba tan cambiando, tan sobreprotector que se cabreaba rápido.

—Ok —dije y me encaminé.

Me tomó por la cintura y me comió la boca, luego me abrazó con fuerza.

—Lo siento, de verdad, no es contigo mi rabia, es que, he estado muy liado —dijo y me dio un beso en la frente.

—Lo sé, mi amor, pero tienes que acordarte, que yo estoy para ti y aquí—dije disfrutando de su aroma.

—Lo sé —me dio otro beso en la boca, un poco más corto — anda ve, yo te llamo al llegar a la oficina, estaré bien —dijo regalándome una sonrisa.

—Ok — le di un leve beso antes de encaminarme a la salida.

Desirée, Carla y yo íbamos atrás, y Natalia delante con el chofer. El guardaespaldas iba en moto.

—Muero de hambre —dijo con entusiasmo Carla.

—No digas muero —la regañó Desirée.

—¡Jo! Desirée es un decir —se burló Natalia.

Yo solo miraba por la ventana. Quería saber que ocultaba Peter.

—¡Eh! llamando a Davinia a la tierra —me dio con el codo Carla, ya que estaba a mi lado.

—Disculpa, dime —dije mirándola.

—Te pregunte, qué si quieres pedir comida al llegar a mi apartamento.

—Sí, eso suena bien —dije distraídamente, sabía que se me olvidaba algo.

Desirée tosió. La miré, se tocó la nariz.

—¡Ah! cierto —dije en voz alta. Desirée puso los ojos en blanco. ¡Joder!, casi meto la pata — no, mejor pasemos por el restaurante chino cerca del apartamento.

—Pero no quiero bajarme —dijo Carla.

—Estas muy guapa, se te ve preciosa —dijo Desirée.

—Gracias, es gracias a ustedes chicas, pero la verdad quisiera comer en mi apartamento —le respondió Carla.

—¡Oh! vamos, Carla, antes de ir al apartamento. Ese restaurante a esta hora

no esta tan lleno —dije casi rogándole. Me había olvidado de la fiesta de bienvenida y todavía no estaba lista. Estaría lista después del almuerzo.

—Bueno está bien —dijo Carla.

—¡Sí! —dije con entusiasmo.

—Pareces una niñita —se burló Carla.

—Es bueno sacar tu lado infantil de vez en cuando —dijo Natalia.

—Cierto —respondí.

Al llegar, ayudamos a Carla, dándole unas muletas al bajar. Pedimos la comida. Pero yo seguía pensando en Peter.

—Está delicioso todo, nada más miren la pinta —dijo Desirée con entusiasmo, se le veía que la boca se le hacía agua. Pedimos varios platos.

—Sí, buen provecho —dijo Natalia.

Mi mente estaba en otro lado.

—¿Qué sucede? —preguntó Carla tocándome la mano.

—Lo siento —dije y tomé mi copa con agua.

—No lo sientas, dime, ¿qué pasa por tu cabeza?

Natalia y Desirée me miraban mientras comían.

—Nada, estoy muy contenta de que te dieran el alta — use los palillos chinos para tomar un agridulce.

—Es mentira, no es eso, es decir, sé que estas contentas por eso, pero hay algo más.

Eso mismo pienso yo sobre Peter.

—De verdad, es eso, también estoy pensando que la semana que viene regreso a la oficina.

—¡Ufff! sí —dijeron en coro Natalia y Desirée.

—Trabajo, trabajo —soltó Natalia y suspiró.

Carla no dijo más nada, pero me miró sin perder detalle de lo que mis ojos reflejaban. Terminamos de almorzar y le entró un mensaje a Desirée. Los

mejores amigos de Carla ya habían terminado de preparar todo. Sobro comida y nos la llevábamos.

Mi móvil sonó.

—¿Sí? —dije al ver el número de la oficina.

—Mi vida —dijo Peter. Mi corazón se aceleró, pensé lo peor.

—¿Estás bien? —pregunté y miré como Natalia y Desirée ayudaban a Carla, yo me había alejado de ellas para cogerlo.

—Sí, todo bien, pero necesito que te vengas en moto con Valerio.

—Peter ¿qué sucede? —pregunté comenzando a temblar.

—Mi vida, Davinia, relájate, si fuese algo de gravedad, iría yo contigo.

—Ok, ya voy para allá —dije intentando tranquilizarme.

—Bien, ven tranquila, estoy bien cariño, te lo juro —dijo con tono de voz calmado.

Capítulo 11

En la oficina, llegamos rápido gracias a ir en moto.

—Gracias, Valerio —dije bajándome de la moto.

—A su servicio, señora Evans.

Me encaminé hacia la oficina de Peter. Valerio mi siguió. Como era de esperarse no había nadie en la oficina. En el edificio estaba los de seguridad nada más. Eran dos guardias distintas los fines de semana. Llamé a la puerta de Peter.

—Adelante —dijo en tono serio.

—¿Qué sucede? —pregunté entrando sola, Valerio se quedó afuera.

—Lamento no poder habértelo dicho por el móvil —dijo Peter sin tocarme regresando a su escritorio. Tomé asiento frente a él que se sentó en su silla.

—¿Cómo esta Carla? —preguntó. Lo miré estaba vestido justamente para estar en la oficina, pero podía meter las manos en el fuego y sabía que no me iba a quemar, ya que estaba en lo cierto, Peter estaba ocultando algo —Bien —respondí siguiéndole el juego.

—Davinia —comenzó diciendo con irritación, al ver cómo le respondía mecánicamente.

—Peter, la pregunta es sencilla, ¿qué está sucediendo? —pregunté impaciente.

Peter se levantó y cerró el puño sobre el escritorio con fuerza. No me sobresalte.

—No lo puedes dejar estar, solo quería verte —dijo y comenzó a aflojarse la corbata.

Me levanté.

—No lo puedo dejar estar, cuando me llamas, sabiendo que hoy mi hermana regresa a su casa y está disfrutando ahora de una fiesta sorpresa. No lo puedo dejar estar, que ahora te arrepentiste de llamarme y no sabes que hacer para que lo deje estar —dije cabreada.

Peter se sentó y se pasó la mano por el cabello con frustración.

—Estoy asustado —soltó y caminé hacia él.

—¿Por qué? —pregunté suavizando mi voz.

Peter subió la cabeza y me miró a los ojos. Se le veía cansado, y miedo en sus ojos.

—Estoy recibiendo amenazas de la persona que ayudo a Alexia y a Oscar, y todas van contra ti —dijo y se levantó bruscamente, caminó hacia el mueble de los licores y se comenzó a servir un trago.

—Peter — caminé hasta él.

—¡No sé qué hacer! quiero protegerte — lanzó el vaso con fuerza hacia una pared y este estalló en pedazos al golpear el suelo.

Me sobresalté y lo tomé por los brazos.

—Peter, mírame — con mis manos le tomé la cara. Estaba desesperado.

—¡Me enviaron fotos! Davinia, de lo que te obligó a hacer Oscar —dijo gritando con dolor y rabia. Di un paso atrás.

—Lo lamento, yo no pude... —dije horrorizada.

—No, no mi niña—dijo abrazándome — yo sé que no pudiste evitarlo —dijo abrazándome con fuerza — Davinia, destrocé el estudio de nuestra casa, cuando vi las fotos y hay unos videos, pero no pude verlos, destrocé el ordenador, luego intenté no perder la cabeza e ir hasta Oscar y matarlo, fui a un hotel, bebí, no lo suficiente, porque no solo eran fotos y videos había amenazas hacia ti, así que intenté que no se me notara la locura de matar a Oscar, me bañé y vestí, y te cité aquí.

—¡Oh! Peter —dije mientras lo estrechaba en mis brazos.

Se separó de mí sin soltarme.

—Tengo que sacarte del país —dijo repentinamente.

—¿Qué? —dije intentando soltarme de su agarre.

—Davinia, no me pongas esto más difícil de lo que es, por favor.

—No, no me iré, esa no es la solución —protesté por fin soltándome y dando un paso atrás.

—¡COÑO! no te estás dando cuenta, que tu vida corre peligro, ¡EN QUE IDIOMA TE LO EXPLICO! —Gritó y yo me alejé asustada, dolida, rota.

Peter me miró y se ablandó un poco.

—Davinia —dijo suavizando la voz, intentó tocarme, pero me alejé más.

—¡Por Dios! escucha, no puedo disculparme por gritarte y perder los estribos, ¡te amo demasiado! no puedo perderte, me niego a perderte —dijo desesperado.

—No lo harás —dije sin avanzar hacia él.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Maldita sea! por favor, haz una sola vez en la vida, Davinia lo que te pido, vete del país, déjame solucionar esto. No te estoy pidiendo que te divorcies de mí, no te estoy diciendo que te alejes de mí o que nunca más nos veamos.

—Ese es tu problema Peter, siempre quieres solucionar todo, somos marido y mujer, estamos juntos en las buenas y en las malas, no puedes simplemente tomar decisiones tu solo. No te has parado a pensar, que temo también por tu vida, casi pierdo a mi hermana, ya perdimos a nuestro bebé, te perdí varias veces por dos mujeres, han pasado tantas cosas y pretendes que te haga caso. ¿¿¿Dónde quedo yo???—pregunté intentando no llorar —Peter solo me miraba — la solución es irnos los dos, dejar protegidos a nuestra familia, y solucionar las cosas desde afuera.

Peter se rio sin ganas.

—Davinia, eso ni tu misma te lo crees. Si nos vamos juntos, el psicópata que ayudo a Alexia y a Oscar, arremeterán contra nuestros seres queridos, ya lo demostraron casi matando a tu hermana y te conozco, no podrás viajar sabiendo que ella está expuesta, no importa lo protegida que este. Al no saber quién está jodiéndonos la vida, nos destruye.

—¡La policía!, hay que pedir ayuda por cualquier medio, esto no puede seguir así, estamos en una ¡maldita película! — me desesperé.

—Ahora me entiendes, Davinia, esto es una locura. Si te vas, no tengo que preocuparme por la persona más importante en mi vida.

—Pero, lo acabas de decir, si las amenazas son contra mí y me voy del país, arremeterán contra los que amo, ¡oh por Dios! te pueden matar Peter, incluso a mi hermana, o a los mosqueteros —dije llorando sin poder evitarlo.

—No, no, Davinia —dijo Peter tomándome por los brazos — si te vas, puedo

trabajar mejor junto con la policía, pagaré todo lo que tenga que pagar para mantener protegidos a los que amamos, pero mi prioridad va a estar bien, tú, así puedo pensar mejor.

—¿Y tú?! ¿es qué no lo ves?! —grité soltándome de él.

—Davinia, yo estaré bien, también estaré protegido, las amenazas son todas hacia ti.

—¡No! dijiste que también hacia los que amamos.

—¡Coño! ¡Sí! pero eso es, si los dos nos vamos —dijo con desespero.

—¡Lo sabía! ahí está lo que ocultabas, ¿te pusieron esa condición? ¿cierto?, irnos juntos, es poner las cabezas de nuestros seres queridos servidas en bandeja de plata.

Peter no lo negó.

—¡No! ¡basta! que, entre alguien pesado, más fuerte que la policía, esto es absurdo —dije paseándome por la oficina.

—Davinia, esa gente pesada de la que hablas, me pidieron enviarte fuera del país —dijo con voz calmada y cansada.

—¿Qué?! ¿por qué no me lo dijiste desde un comienzo? —pregunté y me acerqué furiosa y dolida hacia su cara.

—¡No sé! ¡coño! esto me está superando, lo que te hizo Oscar, lo de tu hermana, lo de Alexia, lo de la niña...

—¡Ya para! ¡ok!, me voy del país, pero es mi muerte si te pasa algo, no podré seguir Peter, yo no quiero ni imaginarme si te pasa algo —dije temblando.

Peter me miró con los ojos como platos.

—Escúchame —dijo cogiéndome por los brazos una vez más — no vas a perderme, pero te necesito fuerte, no hagas locuras mi amor, no te rompas, el hijo de puta que esté haciéndonos esto, quiere acabar contigo por todos los medios. Yo jamás te perdonaría si dejas de vivir, si pasa eso, yo muero.

—¡No! no digas eso, no hables así —dije llorando con fuerza.

—¡Shhh! no me refiero a si me matan ahora, hablo en general, sé que soy egoísta al pedirte, porque yo sin ti moriría, pero sé que me pedirías lo

mismo a mí.

No podía hablar, solo llorar y abrazarlo.

Capítulo 12

Peter y yo fuimos a la fiesta sorpresa de Carla.

—¡Hey! —dijo Natalia abrazándome.

—Es una fiesta —dije y me tomé la mitad que me quedaba de un solo trago.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, voy por otro.

La verdad, había varios licores, estaba mezclando y no me importaba.

—Petarda —dijo Peter descansando su mano en mi cintura.

—Sí —dije mientras terminaba de servirme el cuarto trago.

—Tómalo con calma —dijo con ese tono de preocupación, que ahora no quería seguir escuchando.

—Me lo tomaré con zumo —dije haciéndome la graciosa para no comenzar una discusión que terminaría en pelea.

—Davinia, puedes beber, eres una mujer adulta, pero solo te digo que no hay prisas — me dio un beso en la frente.

—Lo tomaré en cuenta — puse ojos en blanco.

—Ok —dijo para mi sorpresa — ¿quieres bailar? —preguntó rodeándome por la cintura.

—No —dije y seguí bebiendo.

Peter frunció el ceño.

—Está bien —dijo, pero no me soltó, se comenzó a mecer.

Cuando perdí el conteo de tragos, estaba contenta, consciente, pero muy achispada.

—¿Cómo lo estás pasando Davinita? —preguntó Carla abrazándome.

—Bien, la pregunta es ¿cómo te sientes? y la otra pregunta es ¿tú lo estás pasando bien? —dije sintiendo el alcohol en mi cerebro.

—Yo estoy bien, es genial regresar a casa y la bienvenida me ha sentado genial—dijo contenta.

—Aquí estas —dijo un hombre acercándose y rodeando por la cintura a Carla.

—Bueno, hermanita — le di un beso en la mejilla — diviértete —dije sonriéndole por la emoción de verla contenta.

—Lo haré —dijo y el hombre se la llevó.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Peter acercándose con un plato de plástico lleno de tiras de carne a la barbacoa.

—No, estoy bien, gracias —dije mientras bebía de mi copa.

—Mi amor, no es por ser aguafiestas, pero no te he visto comiendo en ningún momento.

—Lo sé, es que no tengo hambre — moví la cabeza al ritmo de la música. Eran las 10 de la noche estábamos en la terraza del apartamento de Carla.

—La comida ayuda a absorber el alcohol, mi vida.

—Está bien —dije yo, no quería discutir. Cogí una tira de pollo con la mano y me la comí, chupé mis dos dedos.

Peter me sonrió ampliamente enseñándome los dientes.

—¿Rico? —preguntó con satisfacción.

—¿Qué el pollo o chuparme los dedos? —dije chinchándolo.

Peter se rio con ganas.

—¡Dios! Davinia, eres terrible — se llevó una tira de carne también con la mano, no uso el tenedor.

Me acerqué y le chupé los dedos.

Peter me miro con pasión.

Como era de esperarse, dejó a un lado el plato lleno de comida, que estaba deliciosa. Me tomó por la cintura, me llevó a un rincón y me besó con furia la boca, tomó con sus manos mi culo. Peter no había bebido tanto como yo. Nos besamos y nos fuimos a la habitación de invitados de Carla.

—Davinia, espera —dijo mientras le sacaba la camisa, a horcajadas de él.

—¿Qué? —pregunté si detenerme.

—Mejor, comamos algo y...

No lo dejé hablar, le comí la boca. Funciono, me tumbó boca arriba, separó

mis piernas con su rodilla. Me desnudó rápidamente. Pero su boca tomó su tiempo, besando las comisuras de los labios, las mejillas, los párpados, el cuello. Me estaba haciendo entrar en erupción.

—Te deseo —dijo con la voz entrecortada.

No quería pensar, algo que me decía que lo quería hacer lento, porque pronto me iría de su lado. Espero que no sea el sexo de despedida, bueno hacer el amor. No era solo un polvo, no era solo sexo.

—¡Calla! —dije y me subí encima de él.

—Davinia —dijo y me hizo girar para quedar de nuevo encima de mí.

—Quiero ser libre —dije mirándolo a los ojos.

Peter frunció el ceño.

—¿Te sientes prisionera conmigo?

—No, pero siento que no puedo hacer las cosas que deseo.

—No entiendo...

—Somos un equipo, no es válido, que uno decida por el otro —dije sincerándome. ¡Joder! el alcohol daba fuerzas.

—Davinia, eso no es así —dijo irritándose.

—Sí, sí lo es. Mírate cómo te irritas —intenté soltarme, ya que él estaba encima de mí.

—No dañemos el momento.

—¡Quítate! —dije empujándolo.

Peter se me quitó.

—Pero ¡¿qué te sucede?! —preguntó molesto.

—Me sucede, que estás haciendo esto como despedida, hacerme el amor lento, subirme a un avión y volver a bailar al son de los demás. Supongo que no es por mi hermana, o los mosqueteros que te importa, es Wanda. No puedo con esto Peter. Estamos así es por tu ex mujer, por Alexia. ¡Ya lo sé!, está muerta, pero de todas maneras, todo esto es por gente de tu pasado, Oscar, Alexia, y ahora él o la, persona lunática que nos quiere destruir, o en

este caso destruirme a mí, y si me voy, a mi familia.

—¿De verdad?! piensas qué es solo por Wanda. No te has parado a pensar que es por ti, que siempre ha sido por ti. Y que tu familia y amigos, que son ahora mi familia y amigos, también me importan. ¡Lo lamento! no sabes cuánto lamento que mi gente de mi ¡maldito pasado! te estén lastimando. Lo que no puedo entender, o aceptar es que seas tan fría y egoísta —dijo y se levantó furioso.

—¡EGOISTA! YO EGOISTA. TÚ TE CERRASTE PETER, ME DEJASTE AFUERA. NO TE COSTABA NADA HABLARME DE WANDA, EN CAMBIO SEGÚN TU MANERA DE AMARME, TU MALDITA MANERA DE QUERER HACER TODO COMO CREAS CONVENIENTE. Y YO SOY LA EGOISTA. SABES, NO PUEDO, ME VOY, PERO NO SOLA, ME LLEVARE A MI HERMANA. ME DIVORCIARE DE TI, Y LO HARE PÚBLICO, EL PSICOPATA GANÓ, ESE SER ASQUEROSO QUE AYUDO A TU EX ESPOSA Y A TU EX AMIGO, PUES GANÓ. NO PONDRE MÁS EN RIESGO A MI FAMILIA, TE AMO, PERO NO PUEDO HACER TODO COMO TU LO DESEES, ASÍ NO FUNCIONA UN MATRIMONIO NI MUCHO MENOS EL AMOR —Grité con todo mi ser, un discurso gritado.

Peter me miró como nunca en su vida. Yo estaba desnuda, a él solo le falta la camisa. La cogió y salió de la habitación en silencio.

A los segundos llamaron a la puerta. No pude hablar, tenía las rodillas pegadas al pecho. Tenía frío. Estaba sola, desnuda, muerta.

La puerta se abrió y entró Carla sola.

—¡Oh!, Davinia —dijo y me abrazó. Lloré en silencio.

—Aquí tienes —dijo Natalia. No la escuché entrar. Me dio una taza humeante de té.

—¿Escucharon mis gritos? —pregunté mirando fijamente a la taza.

—No, todos estábamos en la terraza, pero vi a Peter salir como alma que lleva el diablo —dijo Carla.

—Yo sí te escuché, ya que había ido a la cocina —dijo Natalia — así que fui a por Carla.

—¿Desirée dónde está? —pregunté intentando aclarar mi mente.

—Se fue a buscar más hielo con un grupo de personas.

La fiesta o pequeña reunión. Éramos solo diez personas, mueve ahora sin Peter. Manuel se pasó más temprano, pero se fue, porque tenía cosas pendientes que hacer.

Capítulo 13

El domingo no podía abandonar la cama de Carla, dormimos juntas.

—Buenos tardes, ya es medio día, acabo de hacerte una deliciosa sopa de pollo —anunció contenta Carla entrando a la habitación.

—Gracias —dije incorporándome en la cama.

Carla me puso una bandeja con el plato que olía delicioso.

—¿Tu no vas a comer? —pregunté moviendo la sopa con la cuchara.

—Sí, anoche sobro mucha comida, bastante. Puse a preparar un arroz y saqué la carne que sobró. Están deliciosos. Piqué un poco mientras hacía la sopa.

—Suena bien, tengo bastante hambre. Me sorprende no morir por la resaca

—dije mientras comía la sopa.

—Es gracias a la bebida contra resaca que te di antes de dormir —dijo guiñándome el ojo.

—Esta sopa esta deliciosa, gracias —dije sonriendo ampliamente.

Mi móvil sonó en la mesita de noche.

—¿Quieres que atienda? —preguntó

—Sí, por favor —dije mientras seguía comiendo.

—Hola, sí, soy Carla, ¿cómo estás?; ¡ ya veo, ok, sí, ya te la paso.

Carla me miró y estiré el brazo para que me diera el móvil.

—Iré a ver el arroz —dijo y le agradecí con un gesto con la cabeza.

—Hola —dije y comencé a jugar con la cuchara en la sopa.

—Hola, te enviaré con el chofer el billete para Argentina.

Me levanté de la cama.

—¡¿Estás hablando enserio?! después de todo lo de anoche, me vas a enviar a Argentina, como si fuese una niña que envían a un internado por portarse mal.

—Si quieres verlo así, bien por ti, pero saldrás hoy por la tarde, a las seis.

—Peter, no, no lo haré.

—Tú hermana también ira descuida, y Manuel, Desirée y Natalia, ya hablé con ellos, les dije que les podía también pagar el viaje, que les dejaría un remplazo, que se fueran contigo, pero me dijeron que no, que aceptarían la protección. No quiero oírte decir más nada, no tienes excusas, si quieres divorciarte de mí, espera que se resuelva esto, adiós, estaré en contacto contigo.

Me colgó. Tiré con todas mis fuerzas el móvil, pero cayó en la cama perfectamente.

—¿Qué sucedió? —Preguntó Carla entrando y acercándose a mí — te escuché alterada —dijo y paso su mano por mi espalda.

—¡Paso! que me controla la vida —dije irritada alejándome de Carla.

Ella suspiró.

—Davinia, no te diré nada ahora, ya que estas alterada, es comprensible, pero hermana, como tu hermana mayor, te aconsejo y te pido que por favor, súbete conmigo a ese avión, espera que esto se resuelva y continúa tu vida.

Miré a mi hermana como si le hubiese salido cinco ojos.

—¿Te estas escuchando?! —pregunté cabreada.

—Sí, me estoy escuchando, no puedes ayudarlo aquí, tiene miedo de perderte, ¿olvidas acaso lo que te hizo ese asqueroso de Oscar? No, no Davinia ¡para!, no me vas a interrumpir —dijo cuando vio que iba a protestar — Peter tiene razón, lo está manejando muy bien, aunque odies que lo haga. No te has parado a pensar si fuese al revés ¿Sí tu tuvieses que hacer que él se suba a un avión sin ti? —preguntó mirándome a los ojos.

Me senté en la cama.

—Ves, Davinia, no tienes respuesta, para ya de hacerlo tan difícil, facilítale las cosas.

—¿Sí lo matan? —pregunté y las lágrimas corrieron solas por mis mejillas.

—¡Oh! ven acá — me abrazó — tranquila, es comprensible tu miedo, pero no puedo prometerte que veo el futuro, pero sé que no va a estar desprotegido, lo podrás llamar todos los días, el hablo conmigo hoy por la mañana temprano.

Me separé de mi hermana bruscamente.

—¿Sabías?! y no hablaste conmigo —dije furiosa.

—Sí, Davinia, estabas durmiendo y él vino temprano en la mañana y me explico todo, te ama, ¡joder! nadie te quiere hacer la guerra, o dirigir tu vida, pero pónselo más fácil, ¡coño! —dijo y se fue de la habitación.

Me sentía incomprendida. Se me quitó el hambre, me di una ducha. Cuando salí del baño. Mi hermana estaba en la cocina.

—Ven, por favor comamos, no quiero comer sola.

Me senté en silencio, me había calentando de nuevo la sopa, y servido un plato con arroz. En el centro de la mesa, estaba el pollo, la carne, los chorizos y los espárragos.

—Ya hice las maletas, lo único que tengo que hacer es lavar los platos, cambiarme de ropa y nos vamos —dijo mientras comenzaba a llenar su plato.

No dije nada, comí en silencio.

Llamaron a la puerta mientras Carla se cambiaba de ropa. Tome las medidas de seguridad, tenía gas pimienta en la mano y un buen bate. Miré con cuidado por la mirilla. Era Natalia con Valerio. Abrí la puerta.

—Hola —dijo Natalia y me dio un rápido abrazo.

—Señora Evans —dijo amablemente Valerio.

—¿Qué sucede? —pregunté con cautela.

—Yo, bueno Valerio y yo, iremos contigo a Argentina —dijo sonrojándose.

—El señor Evans, me pidió que la acompañara como su guardaespaldas.

—Entiendo —dije y dejé que pasaran.

—Y yo, bueno, Peter, nos ofreció a Desirée, Manuel y a mí viajar contigo. A ellos le costaban más hacerlo y yo bueno —se sonrojó toda.

—Descuida —dije sin ganas de hablar. Sabía que Natalia quería ir por Valerio.

Mi hermana apareció y me salvó, sabía que yo no podía hablar.

—Bueno, ya estamos listas —anuncio Carla.

—Bien, permítame, yo le ayudo con las maletas —dijo Valerio a Carla.

Natalia me llevó a la terraza.

—Lo lamento, que Manuel y Desirée no quieran, sé que te preocupan —comenzó a decir Natalia.

—No, no es eso, sé que no les pasara nada, pero ahora no puedo hablar contigo, sencillamente no tengo ánimos — le apreté la mano y fui con mi hermana.

Fuimos hasta el aeropuerto, Carla, Natalia y yo atrás, Valerio delante con el chofer. Me llegó un mensaje de texto.

Te vas del país, que tristeza, pero yo gano, yo siempre gano, tu hombre es mío, lástima que Alexia fuese tan tonta como para perder los tornillos,

pobre loca. Que tengas un feliz viaje, espero que pronto Peter sea de nadie.

Mi cara se puso blanca.

—Valerio —dije de inmediato.

—Sí —dijo girándose para mirarme.

—Toma —dije pasándole mi móvil.

Valerio lo leyó y le dio unas indicaciones al chofer.

—¿Qué está pasando? —preguntó con miedo Carla.

—No iremos al aeropuerto —dijo Valerio y comenzó a marcar un número con su móvil.

—Hola, sí, le escribí, ok, perfecto, nos vemos allá, adiós —dijo y colgó.

Mi mente comenzó a trabajar a mil.

—¿Qué paso? —le pregunté a Valerio.

—El señor Evans nos vera en el restaurante que hemos pactado.

Carla y yo intercambiamos miradas.

Llegamos, Valerio se bajó y me abrió la puerta.

—El señor Evans la espera dentro, acompáñeme.

Miré a Carla y a Natalia.

—Ellas estarán bien, están seguras — miró a un sujeto que le hizo una seña.

—Ok —dije y lo seguí.

Caminamos al fondo del restaurante. Peter me sorprendió apareciendo de frente y me abrazo.

—Gracias a Dios —dijo sin soltarme.

Valerio se quedó cerca.

—Siéntate, por favor y dame un segundo —dijo y se dirigió a Valerio. No podía oírlos. Me senté.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté cuando Peter se sentó frente a mí.

—No fuiste la única en recibir mensaje —dijo con una expresión de seriedad como nunca antes lo había visto.

—¿Qué te enviaron? —pregunté con apremio.

Peter juntó las manos sobre la mesa.

—Es una mujer por la manera de hablar, una mujer que me conoce. Solo que no estoy seguro de quien puede ser —dijo con irritación.

—¿Qué te envió? —pregunté casi a punto de perder la paciencia.

—Que desea que sea un hombre libre de Davinia —dijo con amargura.

Suspiré y uní las manos encima de la mesa y pegué mi boca a ellas.

—¡Oye! —Dijo y me tomó las manos rápidamente — yo no dejare...

Lo interrumpí.

—Lo sé, sé que no dejaras que me pase nada, pero es otra loca —dije bajando la voz, temiendo de que pudiese escucharme, asechando en una sombra.

Capítulo 14

El lunes, regresamos a casa, dormimos el domingo en otro hotel. La policía estaba intentando rastrear los mensajes. Sí estábamos vigilados, la persona que estaba acosándonos sabía perfectamente que no me subí al avión.

—No podemos seguir esperando, si quieres me voy hoy a Argentina —dije en la cocina, sacando un vaso.

—No, te pueden secuestrar o algo peor —dijo Peter sentando con una laptop que se había comprado reciente.

—¿Y estoy segura aquí? —pregunté mirándolo, pero él no quitaba la vista de la pantalla.

—Sí —dijo sin mirarme y me irrité.

—No has querido hablar conmigo desde ayer —dije comenzando a perder la

paciencia.

—Lo del aeropuerto era lo que estábamos esperando —dijo sin mirarme.

—¿Al menos puedes mirarme?

Peter me miró.

—No tengo tiempo para discutir —dijo, se levantó y se fue dejándome sola como una idiota.

Lo seguí.

—Peter, ¡espera! —dije alcanzándolo.

—Davinia, ok, lo entiendo, quieres saberlo todo, pero ahora no puedo explicártelo. Ten paciencia, por favor — salió por la puerta, dejándome sola en casa, pero protegida.

—Hola, sí, estoy bien —le dije a Carla — ¿tu como estas?

—Bien, me siento extraña con tanta seguridad.

—Bueno, al menos eso me da tranquilidad —dije mientras suspiraba.

—Sí, ojalá ya se acabe esta pesadilla.

—Sí — no podía decir más nada estaba embotada.

—Carla, te llamo luego —dije al escuchar cómo me entró un mensaje al móvil.

La había llamado del teléfono de la casa.

—Ok, cuídate, te quiero. Colgué.

No te fuiste, Peter sigue contigo, eso no me gusta. Pero hoy Peter es mío, hoy estará en mi cama. Es más divertido joderte así, jodiéndolo a él, follándolo. ¿No crees?

Marqué al móvil de Peter. Pero no lo cogía.

—¡Valerio! —salí y lo encontré hablando con los vigilantes.

—Diga, señora Evans —dijo corriendo hacia mí.

—Peter, Peter no me coge la llamada —dije con desespero.

—No se preocupe, ya haré que lo localicen —dijo de inmediato y se puso en

movimiento.

El tiempo estaba pasando. Peter se fue de casa a las diez de la mañana, eran las dos de la tarde.

—Señora Evans —dijo Valerio entrando a la cocina.

Dejé la taza de té y me levanté.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con temor.

—El señor Evans, está desaparecido.

—¿Qué?!

—Él se dirigía a la oficina, pero jamás llegó —dijo con firmeza.

—Peter no me dijo a donde iba, no entiendo —dije comenzando a caminar de un lado a otro en la cocina.

—Estamos buscándolo. Para su tranquilidad, el señor Evans está armado, tiene y estuvo tomando clases de defensa personal. Sus otros guardaespaldas están rastreándolo.

Me detuve y lo miré.

—¿Cómo es que, ninguno estaba con él dentro del coche? —pregunté con indignación.

—Supongo que el señor Evans, lo requiero así —dijo con pesar.

—Esto no puede estar pasando. ¡Casi lo olvido! mira —dije pasándole el móvil para que viera el mensaje que me enviaron.

—Señora Evans, cuando reciba mensajes, no puede olvidarse de dármelos —dijo con seriedad, pero tenía razón — ya vuelo —dijo y se fue.

Asentí con la cabeza, y me serví otro té.

Me conociste, hablaste conmigo y ahora me odiaras mucho más sin saber quién soy. Por cierto, Peter está tan guapo con esa camisa de botones negra.

No pude evitarlo.

Basta, ¿qué te hice yo? —le respondí, cosa fatal, ya que me pidieron que no lo hiciera.

Hasta que por fin respondes. ¿Qué me hiciste? ¡¿de verdad lo preguntas?!, te metiste con el hombre equivocado, con mi hombre. Alexia y yo teníamos un trato, hasta que apareciste tú, la pequeña zorra. ¿Qué quieres de mí? —le envié.

A Peter, ¡¿A CASO NO SABES LEER?!

¡Para ya! ¡ok!, da la cara, sal de donde te escondes —le envié con indignación.

No, es mucho más divertido estar en la sombra, pero ahora no estoy en la sombra. Ahora todo es rojo pasión. Hasta me saludó con dos besos en las mejillas. ¡Ups! por cierto, dile a sus guardaespaldas y a la policía, que no se molesten en buscarlo. No tiene señal, el pobre no se ha dado cuenta todavía, lo estoy drogando para llevarlo a mi cama.

El miedo, la rabia, la impotencia. Todo eso se me mezcló.

Tranquila lo veras en vivo desde tu móvil. Ahí te envió las primeras fotos.

El corazón se me detuvo. Miré las fotos. Peter estaba en una habitación, acostado en una gran cama con pétalos de rosas rojas. Tenía la mirada extraña.

¿Lo vas a matar? —pregunté sin poder evitarlo.

¡Nooo! estás loca, lo amo. Disfruta del show.

Más fotos, Peter con menos ropa y ahora con los ojos cerrados. No podía levantarme de la mesa de la cocina. Sabía que tenía que buscar a Valerio.

Otras fotos entraron Peter desnudo completamente.

Mira aquí tienes el video en vivo y directo, si le das aceptar lo veras, tú decides.

Con todo el dolor de mi alma le di aceptar.

Una mujer disfrazada de gata, con una peluca rubia, se acercó a Peter, y comenzó a echarle un aceite en la polla. Peter abrió los ojos, se veía desorientado, intentó levantarse, pero no pudo. Una voz modificada comenzó a hablar.

—Esta drogado, pero no recordara nada —dijo la mujer viendo hacia la cámara.

Había algo en ella, estaba disfrazada, pero me era familiar.

—¡Dios mío! como adoro a este hombre, tremenda polla que tiene, y eso que no está erecta todavía — se puso de rodillas en la cama, y comenzó a masturbarlo.

Era una pesadilla verlo. Ahora entiendo a Peter al verme a mí con Oscar. Mi mente hizo click. Oscar me grabó y llegó a Peter. Y ahora yo estaba viendo a Peter en la misma situación. Esta mujer es amiga de Alexia. Alexia le hizo lo mismo a Peter cuando fueron a celebrar con Wanda y Jack. La amiga de Alexia. ¿Cómo no lo vi?, pero ya va, **“Me conociste, hablaste conmigo”**. Yo no conocía a la amiga de Alexia, entonces, ¡Oh por Dios!, **“Hasta me saludo con dos besos en las mejillas”**, Peter detesta a la amiga de Alexia, jamás la saludaría así.

—Señora Evans —llamó Valerio, y me encontró mirando la escena, mientras mi mente unía las piezas del rompecabezas.

—Es Wanda —dije levantándome bruscamente — lo sé, hay algo que me lo dice, ella se equivocó escribiendo, no quería delatarse, y usó peluca rubia, es pelirroja, esa es la primera opción de las pelirrojas, usar tonos rubios —dije, aunque no tuviera sentido para Valerio. Sin embargo, me respondió leyéndome el pensamiento.

—Sí, tiene sentido —dijo y cogió mi móvil y salimos corriendo.

Valerio comenzó a mover a todo el mundo.

—Busquen de inmediato a Wanda... —dijo, pero yo no escuché más nada.

Llamé a Carla.

—Escucha, ya sé quién es la persona que ayudo a Oscar y Alexia, necesito que te quedes en tu apartamento. Llamaré a Natalia, Manuel y Desirée, llama tú a Camila. Dile a Camila que te haga compañía, y llama a tu amigo, el de la fiesta que estaba muy a gusto contigo, por favor, no me preguntes nada ahora, después hablamos, estoy bien, adiós.

Por fin descubrí de quien se trataba. Ahora faltaba rescatar a mi esposo. Tuve

que seguir mirando el video. El tiempo se detuvo. Peter estaba erecto, intentando detener a Wanda. Se desnudó y sin usar protección se le subió a horcajadas y... se metió la polla de Peter. Lo comenzó a cabalgar.

—Ya estamos cerca de llegar —anunció Valerio. Yo estaba atrás y él delante con el chofer.

—¿Qué crees que le haga? después de terminar el acto... —pregunté con dolor.

—Tranquílcese, señora Evans, Davinia —dijo Valerio intentando de darme fuerzas, lo agradecí.

Quince minutos después. Quince minutos donde Wanda jugó con Peter, no lo dejó correrse. Lo besó en todas partes, lo abrazó, lo tocó... Llegamos.

—Escúcheme, Davinia —dijo Valerio — no sabemos con qué nos vamos a encontrar en la casa de Wanda. Por favor quédese dentro del coche con el chofer.

Asentí con la cabeza y miré el móvil. Wanda comenzó de nuevo a cabalgar a Peter, lentamente. Valerio se fue, y me dejó ahí. El chofer no dijo nada. El tiempo estaba frío. Cinco minutos después, Peter se corrió. Entraron los hombres de Valerio y el propio Valerio le quitó de encima a Peter a Wanda. Yo tenía el audio bajo con la sesión de sexo, pero ahora lo había puesto para poder escuchar.

—¡Suéltame! —gritó Wanda histéricamente.

—Valerio, la casa está limpia —dijo uno de los hombres.

Eso fue suficiente para mí, me bajé del coche y salí corriendo a la casa. Llegué rápido a la habitación de Wanda.

—¡Peter! —grité y me arrodillé junto a él.

Uno de los hombres de Valerio me alejó de Peter.

—¿Qué hacen? Valerio dile que me suelte —exigí subiendo el tono de voz.

—Suéltala —ordenó Valerio. Valerio caminó hacia mí — Davinia, le dije que no viniera, la casa todavía no es segura.

—Dijeron que estaba todo limpio —me apresuré en decir, sin poder de quitar

los ojos de Peter. No vi a Wanda.

Capítulo 15

—Sí, pero no es seguro todavía, ella está casada, con un tal Jack y esa amiga de la que me hablo usted, podrían estar involucrados.

—Valerio ¡basta! por favor, no puedo pensar ahora en eso, hay que llevar a Peter a una clínica, está drogado —dije y me arrodillé una vez más junto a mi marido, lo cubrí con su camisa, y le cogí la mano, estaba sudando.

Valerio no se equivocaba. Una mujer salió del armario con un arma y me disparó muy cerca del pecho. Frío es lo que sentí, no dolor, me faltaba el aire. Miré a Peter entre todo ese caos, y todo se volvió oscuro. No sé qué estaba pasando. Parecía un sueño lejano. Sentía el cuerpo liviano. Podía ver luces, caras, voces lejanas y sentir el miedo de los demás.

Lo que vivió Peter

Escuché a Davinia, mi Davinia, la voz de esa mujer que estuvo aprovechando mi estado, me parecía tan familiar esa voz. Una detonación, los parpados me pesaban. La droga tardaría en salir de mi sistema.

Lo que vivió Natalia.

Valerio me llamó, y me informó que le habían disparado a Davinia, el mundo se me fue al segundo. No sabía qué hacer. Lloré con dolor. Llamé a Carla, les avisé a Desirée y a Manuel. Lloré y lloré. Corrí a la clínica. Peter estaba en ella, siendo desintoxicado. Valerio me hizo un resumen de todo.

Eran las seis de la tarde, Davinia estaba luchando por su vida. Peter estaba poco a poco respondiendo.

Manuel, Desirée y yo no podíamos parar de llorar. Valerio apareció y me refugie en sus brazos.

Lo que vivió Peter

Estaba mucho mejor, podía mantener los ojos abiertos.

—Davinia —logré decir.

—Señor Evans —me dijo la voz de un hombre.

Se presentó como el doctor.

—Ingresó a las tres de la tarde, le suministraron unas drogas, su cuerpo las estaba expulsando, el efecto tardaría. Su esposa Davinia Evans, está siendo operada de emergencia, desde que ingreso al mismo tiempo que usted...

No pude oír más, me intenté levantar y caí al suelo.

—Yo lo ayudo —dijo la voz de Valerio. Me ayudo a levantar y me acostó de nuevo en la cama.

—Valerio —dije aferrándome con fuerza a su camisa — ¿Davinia, como esta? ¿qué pasó? —pregunté con un nudo en la garganta, que no tenía nada que ver con el efecto de las drogas.

—Está luchando, Peter —dijo con sinceridad en los ojos y pesar.

Comencé a llorar, como un niño pequeño. Valerio me sujetó con fuerza la mano. Pasó otra hora y logré ponerme en pie. En esa hora vi a Manuel, a Desirée, a Natalia, a Carla... Pero solo quería verla a ella. Me puse de pie con ayuda de Valerio y Manuel, fui a la sala de espera. Cuando llegué, no podía estar de pie me senté. Sonó una especie de alarma, médicos comenzaron a correr.

Me levanté y los seguí, saqué fuerzas de donde no las tenía y logré ir hasta ella. Cuando miré lo que pasaba, Davinia, mi Davinia, estaba... los médicos comenzaron a intentar reanimarla. ¡Nooooo!, intenté entrar con ella, y unas manos me frenaron por el pecho. Escuchaba gritos, venían de mí, luché con todas mis fuerzas por llegar a ella. Me volví loco, no podía con tanto dolor. La perdí.

Abrí los ojos estaba de vuelta en una cama. Rogué al cielo que solo haya sido una pesadilla, pero cuando reconocí la habitación sabía que no. Me levanté y me caí una vez más. Valerio me ayudo con Manuel.

—Tranquilo, Peter, Davinia sobrevivió, no está muerta —dijo con voz serena Manuel — está viva tío, es una luchadora —dijo y miré como grandes lágrimas salían de sus ojos.

Me rompí y lo abracé, lloré a moco tendido. Logré serenarme.

—Quiero verla —dije con un hilo de voz.

—Peter, está en observación entró en coma. Esta situación es peor que lo de su hermana —dijo agarrándome el brazo —, esta hora es crucial —dijo y se dejó caer en una silla junto a la cama.

—Valerio, ¿qué paso con Wanda? —dije sintiendo la rabia en mi interior.

—Esta presa, ya localizamos al esposo, pero está limpio, y la amiga también esta presa, ella fue la que disparó.

Vi todo rojo.

—Peter —dijo Manuel haciendo que regresara a la habitación — sé que no quieres oír nada ahora, pero olvídate de eso, necesitas tener toda tu atención

en Davinia.

Asentí con la cabeza. Davinia logró pasar la hora crucial, pero no salía del coma. No pude dormir. Al día siguiente, no me importa el día ni la hora, ni el mes ni nada. Davinia no abría los ojos.

—Señor Evans —dijo el doctor acercándoseme.

—¿Cómo está? —pregunté de inmediato.

El doctor negó con la cabeza.

—Está estable, anoche paso la hora crítica, ahora depende de ella despertar.

Asentí con la cabeza, pero estaba destrozado.

Diario de Davinia.

Peter, la verdad no sé qué escribir, el dolor me está cegando. Me dije a mi misma que escribiría cosas positivas, la verdad me sorprende estar sentada aquí. En un ordenador en vez de ahogar mi dolor en alcohol, mi hígado no piensa igual. Te amo demasiado, tanto que me da miedo, supongo que ahora me da más miedo por el hecho de que te estoy perdiendo. Puedo enumerar las cosas que me gustan de ti, las que no, y sin embargo las que no me gustan, al final me gustan, porque las acepto. Le tengo miedo al futuro, así que trato de no pensar en él. Ahora solo me siento estancada. Esta hoja es una entre varias. Están mezcladas, así me siento ahorita. ¡Odio a Alexia!, nunca me imaginé que podía odiar a alguien, siempre he sido pacífica. ¡Dios como te extraño!, no sé si algún día lees esto, no lo escribí para ti, es la verdad, es para mí. No quiero verme como una mujer de corazón frío, intente imaginarme al lado de otro hombre, y lo descarte rápidamente. No sabes lo duro que fue estar con Oscar. Era una muerte lenta. Es extraño todo el dolor que tengo ahora, no es peor como estar con Oscar, es un dolor que hace que estés más vivo, ¡lo sé!, el alcohol está afectándome ahora el cerebro. Me gustaría viajar contigo por el mundo, perdernos en países donde no sepamos como pronunciarlos. Mandar todo el trabajo a la mierda. A mis mosqueteros los llenaré de regalos. Mi bella hermana, lo que me pida y a ti de mí. No sé

qué más poner, me gustaría poder borrar todo este dolor.

Mis mejillas estaban tan frías por las lágrimas. Manuel me convenció de venir a casa. Mi casa era ella. Me encontré con este documento. Había mucho más por leer. Dios mío ella no me merecía, se merecía algo mil veces mejor que yo. Encendí velas y le recé a Dios, creo que nunca lo había hecho.

Querida Davinia, estas dormida, tengo que pensarlo así, no puedo decir la palabra. No puedo borrar todo el dolor que te cause. No puedo volver el tiempo atrás. Lo único que puedo hacer es amarte y estar ahí para ti, por favor despierta. Nos iremos a cualquier país que desees, te daré todos los hijos que quieras. Seremos los viejos más divertidos del mundo, quiero vivir a tu lado, quiero todo contigo. También le tengo terror al futuro, pero a un futuro sin ti. Morí contigo, cuando...veía que no regresabas. Si me pides que viva lo haré, así tenga que reconstruirme en miles de pedazos nuevos.

Despierta, por favor. Soy patético hasta para escribirte. Gaby, han pasado una semana desde que estas dormida. Gaby te envía cartas, juguetes, flores y dulces. Ha sido la semana más horrible de mi vida. Lo sé soy un maldito egoísta, tú eres la que no despiertas. He hecho un esfuerzo máximo de no beber. Estoy pasando un infierno. Cuando te hice pasar por todo ese dolor, yo lograba seguir adelante cuando te miraba. Lo lamento tanto, sé que me merezco esto, pero no tenías que sufrir tú, ese disparo debí de recibirlo yo.

Dos semanas. Dos semanas. Había perdido peso, no podía hacer cosas normales como bañarme, comer. Rompía todo, y escribía demasiadas incoherencias. No distinguía los días. Manuel se estaba encargando del trabajo. Carla estaba intentando encargarse de mí y yo pasaba tanto tiempo con Davinia, que me obligaban a regresar a casa para poder bañarme. Estuve a punto de pagar por estar en la misma habitación que ella, pero Manuel me rogó que no lo hiciera, eso afectaría mi salud mental.

No puedo más Davinia, llevas tres semanas dormida, eres la bella durmiente. Ya no soy gracioso, ya no sé cómo seguir, por favor, te lo pido ¡despierta!.

Cuatro semanas después.

Estaba dormido en la silla del estudio. Mi móvil sonó.

—Diga —dije frotándome los ojos.

—Señor Evans —era el doctor.

—Sí.

—Su esposa despertó.

Cuatro semanas dormida... en coma... y despertó. Le di las gracias por llamarme, y salí corriendo.

—Para —dijo Manuel sorprendiéndome en la puerta de mi casa.

—Tienes que darte una ducha, vestirse, afeitarte, luego yo te llevaré a la clínica—dijo con tono autoritario pero pasivo.

Tenía ganas de golpearlo, pero asentí con la cabeza y hice caso.

Lo que vivió Davinia

Me sentía rara, cansada, extraña. Peter, tenía a Peter en mi cabeza.

—¿Dónde está Peter? —pregunté con la voz ronca. Sed tenía mucha sed.

—Toma —dijo Carla con la voz entrecortada y estaba llorando, me dio un poco de agua, pude tomar un sorbo pequeño.

¡Oh no!, Peter.

—¿Peter está bien? —pregunté, pero no tenía fuerzas para levantarme.

—Sí, hermosa, no lloro por él, es por ti, abriste los ojos —dijo y se secó las lágrimas.

—No entiendo

—Hermosa, estuviste en coma cuatro semanas —dijo y comenzó a llorar de nuevo.

Mi cerebro estaba lento.

Peter entró y me vio.

—Peter —dije y se acercó con cuidado, estaba mucho más delgado, extraño. Sus ojos se veían rojos. Comenzó a llorar como nunca antes lo había visto, me abrazó con cuidado, y sollozo como un niño pequeño.

—Davinia, Davinia —dijo empapándome con sus lágrimas.

Carla se fue dejándome sola con él.

—¿Estas bien? —pregunté

Peter se rio y me miró con la cara llena de lágrimas.

—¿Cómo puedes preguntarme si estoy bien? mi amor, cuando tú eres la que acabas de despertar – sonrió.

Pase mi mano por su cabello.

—Me gusta así, es lindo verlo largo —dije y le sonreí.

—¡Oh! Davinia —dijo y me besó la mano con la que lo acaricié.

—¿Qué sucedió? —pregunté intentando pegar miles de piezas de rompecabezas.

El doctor entró. Peter no se separó de mí. El doctor hablo conmigo y me examinó. Me indicó ciertas cosas y se fue.

—Mi amor, no tenemos que hablar ahora de eso, ya la pesadilla termino —dije y se sonó la nariz.

—Pero quiero saber —dije e intenté levantarme, pero no pude.

—¡Hey!, despacio, ya escuchaste al doctor —dijo Peter con preocupación como si me fuese a quebrar en cualquier momento.

—Está bien, pero necesito saber, quiero arreglar mis ideas —dije comenzando a tener dolor de cabeza — me duele la cabeza —me quejé. Peter palideció, ya vengo llamaré al doctor, intenté decirle que no, pero fue a hacerlo.

El doctor llegó, me explico que era normal por estar abrumada, me pidió que tomara las cosas con calma, y que el dolor se iría con unos medicamentos que me pasaría la enfermera en unos minutos.

Tuve que estar una semana más en la clínica. Peter durmió conmigo en el sofá de la habitación.

Me dieron de alta, salí en silla de ruedas.

—Peter, puedo caminar yo solita —dije un poco irritada.

—Lo sé, lo sé, lo siento —dijo sorprendiéndome. Estaba tan cambiado.

—Lo que quiero decir, es que tengo unos días en que ya puedo caminar y hacer las cosas de antes, no quiero estar más en esta silla —dije y comencé a levantarme. Peter me rodeo la cintura con su brazo.

Una vez más el doctor me pidió que lo tomará con calma, le di las gracias.

Fiesta de bienvenida, un viernes por la noche.

—Bueno estamos todos reunidos en casa de Peter y la hermosa Davinia —dijo Carla con copa en mano.

Peter estaba rodeándome con sus brazos por la espalda.

Estaban Valerio, Natalia, Manuel, Desirée, Camila, y el amigo de Carla romántico de su fiesta sorpresa.

—No somos muchos, pero somos los que más hemos estado involucrados en esta locura —dijo Natalia junto a Valerio.

—Una locura de amor —dijo Desirée alzando su copa.

—Por Davinia y Peter —dijo Manuel

—No, por nosotros, todos nosotros —dije yo alzando mi copa.

Peter me estrechó más entre sus brazos.

—Salud —dijo Peter alzando su copa.

—Salud —dijeron todos.

La fiesta comenzó a la una de la tarde.

—Esto está delicioso —dije probando unos bocaditos con jamón serrano.

—Esa receta es de Valerio —dijo Natalia sonrojándose.

—Ya sabía yo, que Valerio tenía buena mano con la cocina —dijo Desirée y escupí el sorbo de vino que me tomé.

Natalia, Desirée y yo rompí a reírnos.

—Me quedé fría con el brindis soy pésima —dijo Camila uniéndonos.
La abracé.

—Nunca se te ha dado bien hablar frente a los demás —la chinché.
Camila comenzó a llorar.

—Oye, no es para tanto —dije sonriendo, hasta que entendí que lloraba era por mí — no, no, acordamos nada de lágrimas, chicas, ya estoy bien, por favor.

—Lo siento, ando sentimental —dijo Camila secándose las lágrimas.

—Necesitas sexo —dijo sorprendentemente Desirée.

—¡Vaya! eso es interesante —dijo Natalia con malicia.

—¡Oh! vamos, no seas mojigata, a ti te encanta como lo hace Cami —dijo Desirée y todas nos reímos.

—Ahora me dio calor —dijo Cami abanicándose.

Nos reímos a más no poder.

—Señoritas me voy a robar a mi esposa —dijo Peter apareciendo y tomándome por la cintura amorosamente.

Peter me llevó a nuestra habitación.

—No hemos comido nada —dije hablando con voz acelerada por los besos que depositó en mi cuello.

—Aja —dijo sin despegarse.

—Necesitas energías —continúe diciendo.

—Mi amor, te hare todo lento y seguro, pero si tienes hambre, voy corriendo y te alimento y luego el postre —dijo haciéndome estremecer.

—No, se puede hacer el amor después de comer, al menos que sea algo ligero como una ensalada —dije y me calló la boca con un beso.

—Cierto, entonces primero hacer el amor y luego comer, busco la comida y la dejó aquí mientras te lo hago, te deseo ya, aquí y ahora —dijo y me recostó con tiento en la cama.

Se me olvidó de que más decir, era tanto lo que este hombre me hacía sentir que desconecté el cerebro de mi lengua. Solo pude decir, “Sí”

No habíamos hecho el amor, debido al coma en el que estuve, y desde que salí de él, solo hemos estado juntos abrazados y algunos besos suaves.

—Mi amor, si sientes que no puedes me detengo —dijo y sentí su erección en mi vientre.

Le tomé con mis manos la cara, y le di un besó arrebatador. Use la lengua de una manera excitante, y jadeo en mi boca.

—Eso lo tomaré como un sigue adelante —dijo Peter y comenzó a desvestirme sin separar sus labios de mi ser.

La fiesta continuó Peter y yo amándonos despacio en nuestra habitación. Todavía quedaban cosas por solventar. Gaby estaba con sus abuelos, Peter se comprometió en averiguar quién era la madre de la nena. A pesar de que sus abuelos no eran unos ancianos y podían cuidar bien de ella, Peter y yo nos volvimos sus padrinos, estaríamos con ella en cualquier eventualidad. Alexia estaba muerta, Oscar preso, la loca amiga de Alexia presa. Wanda presa. La policía continúa investigando por sí hay más personas locas que pueden estar involucrados y no han salido a la luz. Peter y yo estamos más unidos que nunca. Nuestras familias y amigos somos un equipo que sea ama y se respeta. Ninguno ha bajado los escudos, no podemos ni debemos, tal vez sea pronto que podamos olvidarnos, pero después de toda la pesadilla, hay que tener en cuenta que seguimos soñando y una pesadilla de esa magnitud deja secuelas.

Primer encuentro sexual de Valerio y Natalia.

Admito que soy despistada, cuando conocí a este hombre entre todo el lío con Davinia y su complicada situación. Valerio el sexy guardaespaldas me flechó. Un morenazo con unas manos que ¡madre mía!, solo pensaba en cómo podía usarlas. Resulto no solo ser guapo de cojones. Era atento, divertido, y sabía llevar su trabajo y lo personal. Tenía un semblante estratégico durante el trabajo, y otro más natural y calmado cuando no trabajaba y ¡puff!, verlo usando las dos caras de las monedas era una locura. Después que Davinia salió de peligro, yo no podía con mi ser. Ya había pasado dos semanas y

seguía en coma.

—Natalia, no te puedo decir como sentirte, pero tienes que sacar energía, no estás sola —dijo y puso delante de mí un plato con un rico desayuno. Estábamos en mi apartamento.

—Gracias —dije sin despegar los ojos del plato.

No sé en qué momento se acercó por detrás, yo estaba sentada en un banquito alto en la barra de desayuno. Sus grandes manos pasaron por mis costados y se quedaron ahí y me dio un beso en la coronilla. Mi cuerpo reaccionó, me di la vuelta sentada en el banquito y lo abracé, enterrando mi cara en su fuerte estómago. Su mano ahora estaba en mi cintura, sin más me aúpe y le rodeé el cuello con los brazos. Nuestras caras estaban muy cerca. Me miró a los ojos y lo besé. Mi boca se amoldo a la de él, que no reacciono, hasta que pase la punta de mi lengua en sus labios y abrió la boca. ¡Madre mía!, fue un beso, el beso, eso beso que esperas por años, besando sapos. Me mojé en segundos.

—Natalia —dijo separando sus labios de los míos hinchados.

—Ya sé, dirás que vamos rápido, que estoy susceptible por Davinia, que tengo que desayunar esa rica comida que preparaste para mí y sacar fuerza, o recuperar energía.

Valerio me sonrió, ¡uff!, tiene unos dientes de modelo.

—Te iba a preguntar, ¿está segura? ¿qué quieres más? —dijo y me apretó la cintura volviéndome gelatina.

Le di un beso y le mordí con delicadeza el labio inferior. Valerio gruñó en mi boca, y me alzó como un papelito por la cintura y me sentó encima de la mesa. ¡Sí! la mesa redonda de la cocina.

—¿Estás pensando en sí la mesa aguantara lo previo a lo que te hare en tu cama? —dijo con voz ronca. ¡Joder!, Valerio tenía una voz, pero excitado era ¡madre mía!

Arqueé la cadera hacia arriba y mi respuesta le gusto. Cerró sus manos en mi pecho firme, envió vida a mi húmeda zona y gemí. Valerio parecía un lobo a punto de comerme. Me sacó la fina franelilla del pijama y liberó mis senos, que tenían los pezones duros. Me miró los senos y luego los ojos, y acerco su cara en medio de mis pechos, sentí su respiración caliente ahí, y tiré de su

cabello corto. Mordisqueo mi piel y se fue deslizando al pezón izquierdo.

—¡Ah! —exclamé y cerré mis piernas en su cintura.

Sus manos estaban en mi cadera y mientras succionaba, lamia, mordisqueaba, y sonaba ¡plop! mi pezón duro. Las manos se deslizaron a mis muslos internos. El primer orgasmo, tan arrebatador que gemí como loca. No me había tocado mis partes, solo estaba rozando con sus grandes manos mis muslos. Cabe mencionar que llevaba un minúsculo short de pijama.

—Eres preciosa — me besó. Este hombre podía hacer varias cosas al mismo tiempo. Usar las manos, usar la boca. Gruñir de una manera alucinantemente sexy.

Me sacó el short, y quedé en una sencilla braguita de algodón rosa e hizo algo que me sacó otro orgasmo, que estoy segura que mis vecinos oyeron mis gemidos intensos. Paso su lengua encima de la tela, en mi centro. Pegué mi espalda a la fría madera, extendí los brazos y comencé a convulsionar de placer.

Valerio pasó sus manos por mi espalda y me acercó a él y luego me cargó en brazos, me llevó a mi cama. Me depósito y se sacó la camisa, y con destreza los ajustados jeans por su gran, gran erección. Al ver el bóxer casi gimo. Jadeé. Quería tocarlo.

Me puse de rodillas y lo toqué, volvió a gruñir, me hizo recostarme boca arriba, se metió entre mis piernas, y cuando su polla aún dentro del bóxer se acomodó en mi húmedo, muy, húmedo coño, vi las estrellas. Los gemidos de este hombre hicieron contraer a mis partes. ¡Vaya! yo llevaba casi año y medio sin tener sexo.

—Sácalo —exigí.

Valerio volvió a sonreír condenadamente sexy y lo saco. ¡Dioses del olimpo! Moría por tenerlo adentro, pero quería regresarle el placer. Lo tomé disfrute de su longitud y me lo metí en la boca.

—¡Ahhh! —sonido gutural, gruñido —por parte de él.

Comencé a chuparlo como a un delicioso helado y estaba rico. Pero lo quería adentro, continué un poco y sentí en mi mano cómo se contraía su delicioso y hermos miembro en mi mano. Me detuve, me levanté ya que estaba de rodilla

en la cama y él de pie. Me saqué las empapadas braguitas, me tumbé boca arriba y abrí mis piernas. La polla estaba erecta y dura, no se la tocó, me miró con deseo. Me tomó por las piernas tiro un poco de mí, y eso me estremeció. Sus manos se deslizaron desde las rodillas en dirección a mis partes y gemí, él gruñó de nuevo, y cogió su miembro y puso la cabeza de la misma en mi entrada y se deslizo como si fuese creada para mí...

Sonidos, del mejor sexo en años de mi vida. Me había ganado la lotería con este hombre. Me embestía, me tocaba los senos, lograba besarme, a pesar de que el placer, lo hacía gemir, gruñir y jadear, podía mantener el ritmo de los besos. Mi cerebro no lograba recordar un hombre que pudiese hacer varias cosas al mismo tiempo en un acto tan caliente como este.

Me hizo girar, sin necesidad de hablar, eso me impresionó, no necesitaba hablar, nuestros cuerpos se entendían. Me subí encima de él y marqué el ritmo, sus grandes manos me cogieron por la cadera y luego alternaban sujetándome el culo, apretar así, me hizo cabalgarlo como una loba salvaje. Otro orgasmo demoledor me hizo casi perder el conocimiento. No recuerdo que yo fuese multiorgásmica.

—¡Natalia! —dijo intentando resistir. Le comí la boca y mi zona que seguía con los espasmos, aproveché y contraí voluntariamente y eso fue la guinda del helado.

Los sonidos que salían de la boca al correrse, era para no salir de la habitación durante todo lo que quedaba del día. Un hombre así, ¡madre mía! que, hasta corriéndose, es excitante, vale mil.

Continuará...

